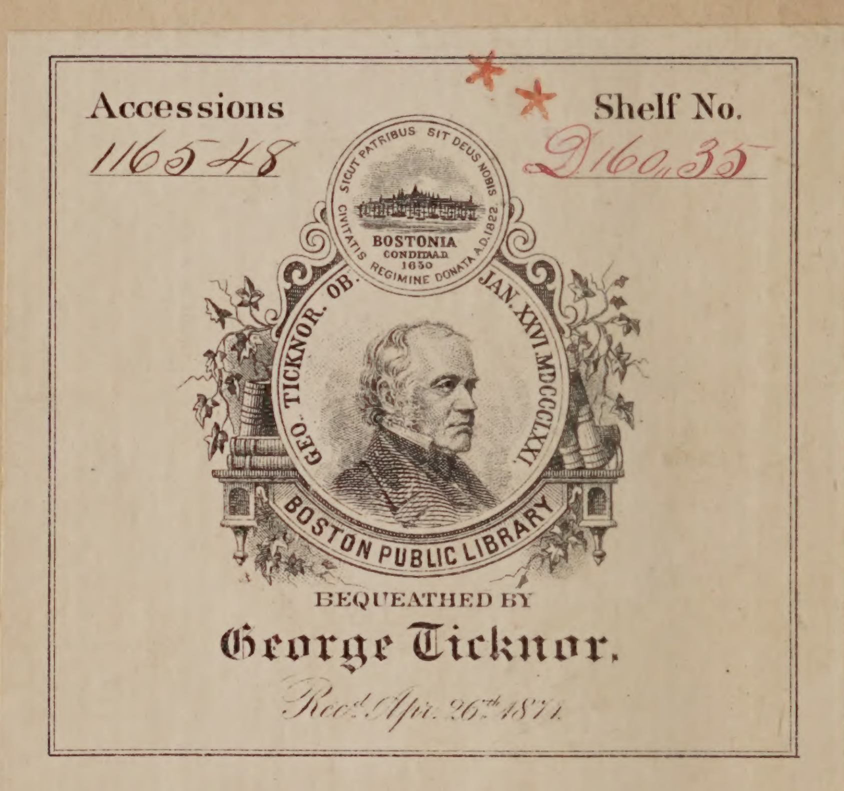




Accessions
116548
Shelf No.
D.160.35
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

LA DIADEMA DE PERLAS.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE LA SRA. D.ª MARIA DEL PILAR

SINUES DE MARCO.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE LA PENINSULA.
á cargo de J. Minuesa.

1857.

LA DIADEMA DE PERLAS.

LA DIADEMA DE PERLAS,

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE LA SEÑORA

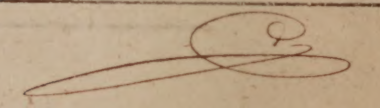
D.ª MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA EDICION.

Madrid,

Imprenta de La Península, á cargo de J. Minuesa
calle de San Miguel, núm. 21, cuarto principal.

1857.



DEDICATORIA.

A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

La *inapreciable gloria de amparar este escrito con el esclarecido nombre de la inmortal autora de* Alfonso Munio, Guatimozin *y* Dos mujeres, *es la que mas me enorgullece de todas las que yo pudiera esperar de mi pobre pluma.*

Como una muestra muy débil del amor y admiracion que Vd. me inspira, me he atrevido á dedicarle esta pequeña novela; y al aceptarla Vd. de un modo tan lisonjero para mí, me ha animado á seguir por la difícil y escabrosa senda que he emprendido; ha fortalecido mi fé, y ha hecho brotar en mi corazon la mas viva y tierna gratitud hácia Vd.

Réstame ahora rogarla que la escritora *escuse los defectos de mi novel pluma, y que* la mujer *vea en mi libro una ofrenda del corazon.*

María del Pilar Sinués de Marco.

Madrid 21 *de marzo de* 1857.

PARTE PRIMERA

LOS BASTARDOS DE ALONSO ONCENO.

La familia del hombre no dura mas que un dia: el soplo de Dios la dispersa como el humo: apenas conoce el hijo al padre, el hermano á la hermana. La encina vé germinar sus bellotas en torno suyo: ¡no sucede así con los hijos de los hombres!

(CHATEAUBRIAND. *Renato.*)

I.

Acababa de ser jurado rey Enrique II, despues de haber clavado su daga en el pecho de su hermano don Pedro en los campos de Montiel.

La antiquísima ciudad de Búrgos parecia rejuvenecida con las fiestas reales: era el dia postrero que pasaba el rey bajo sus muros, pues marchaba á Sevilla, con el objeto de convocar Córtes.

El monarca habia oido misa aquella mañana en la suntuosa catedral, y los buenos castellanos habian acudido en tropel de los pueblos inmediatos para verle por la última vez.

Pero Enrique no salia: sin duda que el intenso frio de aquella tarde de invierno, no le dejaba gana de acceder á los deseos de su pueblo. Las puertas del alcázar, guardadas por los soldados del rey, eran inaccesibles á todos, y los curiosos tenian que contentarse con ver pasear á los pajes y escuderos en el ancho patio, y con oir resonar sus espuelas en el enlosado pavimento.

Sin embargo, todos los contemplaban á falta de otra cosa mejor, y aquellas buenas gentes, admiraban las bordadas ropillas, y las gorras adornadas

de plumas de los unos y las brillantes armaduras de los otros.

Mas á pesar de la avidez con que la muchedumbre miraba al patio del alcázar, nadie vió cruzar á un hombre envuelto en un ancho manto, y cuya cabeza estaba cubierta por una holgada toca de terciopelo: bien es verdad, que lo atravesó con tanta rapidez, que se asemejaba mejor á una sombra que á un ser viviente.

Aquel hombre abrió una puertecilla situada cerca de la escalera principal, y salió á la calle, encontrándose en la cuesta de Santa María, que empezó á subir precipitadamente, cubriéndose el rostro con el embozo, cuanto le fué posible.

Nevaba á la sazon furiosamente: bien pronto el manto del caballero (pues sin duda lo era á juzgar por su apostura) se vió enteramente calado, sin que por esta circunstancia se detuviera ni retrocediese en su camino.

Llegó por fin á la calle de Fernan Gonzalez, una de las mas solitarias de la antigua ciudad; aun hoy existe el arco que la terminaba en aquella época, y aun lleva hoy tambien el nombre del valeroso Conde Castellano.

El hombre del manto se paró delante de una casita de pobre apariencia, y llamó suavemente: pocos momentos despues, se oyeron pasos, abrióse la puerta, y una jóven vestida de negro se arrojó en los brazos del desconocido.

—¡Gracias á Dios que te veo, Florestan! esclamó con voz dulce y vibrante de ternura. ¿Cómo has tardado tanto hoy? continuó sin deshacer el amante lazo que formaban sus brazos al derredor del cuello del caballero: mi madre queria llevarme á la plaza para ver á S. A. por la última vez, mas yo he preferido quedarme, porque el corazon me decia que vendrias.. .. ¡pero Dios mio! ¡vienes calado! Vamos, vamos arriba.

Y la jóven separó sus brazos del cuello de su amante, y le tomó la mano haciéndole subir en pos de ella.

Al llegar á la puerta de la habitacion, Florestan deshizo el embozo de su manto, le arrojó sobre una silla, y se sentó con aire meditabundo y melancólico: la hermosa niña permaneció en pié á su lado contemplándole con amor.

Aquel aposento, manifestaba suma pobreza; algunos viejos sitiales de anticuada forma, una mesa dorada, enmohecida por el tiempo, y algunos deteriorados cuadros, con estampas de la vírgen, componian todo su ajuar; una estrecha ventana apenas dejaba pasar la luz por sus vidrios de colores, y la nieve que seguia cayendo á grandes copos, habia estendido un velo en la atmósfera, que hacia mas densa la oscuridad de aquella habitacion: pero si mísero y triste era su aspecto, nada habia comparable á la belleza de las dos personas que á la sazon la ocupaban.

Tendria la jóven de diez y ocho á veinte años: su tez de una pureza deslumbradora, era blanca y mate como el nácar: dos gruesas trenzas de cabellos negros nacian en sus cándidas sienes y bajaban hasta su rodilla: la hermosura de sus negros ojos era admirable, y el delicioso carmin de su pequeña boca, la hacia asemejarse á una flor de húmedo y brillante coral: tenia pobladas y sedosas cejas negras, riquísimas y rizadas pestañas, y nariz pequeña y delicada: era pálida y en su blanca tez, parecian aun mas deslumbradores los reflejos de azabache de su sedosa cabellera.

Vestia de negro, y su traje humilde, era el de las jóvenes villanas de Castilla: una ancha basquiña de lana negra, dejaba ver sus piececitos, calzados con zapatos de cordoban negro, semicubiertos con un ancho lazo de cinta, y un corpiño de terciopelo negro tambien, con largas aldiilas, marcaba maravillosamente su esbelto y flexible talle: desde el escote del corpiño, salia una camiseta de batista, plegada, que terminaba en un estrecho cuellecito bordado de lana negra, lo mismo que las blancas mangas que salian de sus angostas hombreras, y que no llegaban á ocultar la hermosura de sus brazos.

Llevaba en el cuello una cruz de oro pequeña, pendiente de una estrecha cinta de terciopelo.

Aquella jóven tenia cierta apariencia de dulzura y debilidad que encantaba: eran tristes sus hermo-

sos ojos, triste tambien la espresion de su pequeña boca, cuya sonrisa, debia ser bien melancólica.

Su compañero aparentaba unos treinta y cuatro años: su talla, aunque mediana, era gallarda y bien proporcionada: sus ojos pardos, grandes y rasgados retrataban la altivez y la pasion; bajaban sus cabellos castaños en luengos rizos, hasta tocar sus hombros, y sus largos bigotes se ensortijaban en sus megillas.

Tenia la boca de corte gracioso, pero severa y desdeñosa: su ancha y elevada frente pintaba bien la arrogancia de su carácter y una natural costumbre de mandar.

Vestía una modesta ropilla gris, y una toca sin pluma, que dejó con el manto antes de sentarse.

—¿Qué tienes, Florestan...? preguntó la jóven apoyándose cariñosamente en su hombro: ¿por qué estás tan triste hoy?

—Porque me veo obligado á separarme de tí, Berenguela, contestó él con voz alterada, y atrayendo hacia sí á la jóven, al mismo tiempo que ella juntaba las manos con espresion de profundo terror.

—¡Separarte de.... mí! repitió como asombrada... ¿que es lo que has dicho, Florestan?

—La verdad: no he tenido hasta hoy valor bastante para declarártelo, pero ya es forzoso porque... debo partir mañana.

—¡Mañana...!!

Este grito se escapó de los labios de la doncella á la vez que caía en un sitial, pálida y desfallecida.

—¡Berenguela, Berenguela mia! ten piedad de mi! esclamó el caballero cogiendo las manos de la infeliz jóven. ¡Tu dolor me mata! ¡Ah! ¿Por qué no me es dado morir contigo?

Florestan inclinó la frente apoyándola en la blanca diestra de la jóven; su respiracion anhelante hacia levantar su pecho, y parecia quebrantado por un profundo dolor.

—Oyeme, dijo al cabo de algunos instantes: óyeme Berenguela: mi honor, mi deber, mi conciencia me mandan salir mañana de Búrgos con la comitiva de S. A. Tú sabes que soy noble, y ya te he dicho muchas veces que jamás he faltado á ninguno de los deberes que mi condicion me impone. Pero lo que no te he dicho nunca, es que la voz del amor que te tengo es mas fuerte en mi que la de todas esas consideraciones: habla, pues, Berenguela mia. ¿Quiéres que nunca me separe de tu lado? ¿Quiéres que me quede? Habla, y yo te obedeceré ciegamente.

—¡Tu honor.... tu conciencia.... tu deber! repitió la jóven con voz lenta y triste; parte, Florestan.... prosiguió haciendo un sublime esfuerzo: parte....

Y luego arrojándose en los brazos del caballero, que la contemplaba con amargo abatimiento, añadió:

—¡Pero no me olvides jamás...!

Durante algunos instantes, latieron juntos aquellos dos corazones; la jóven fué la primera que levantó la frente, en la cual se veia pintada una adorable resignacion: mas fuerte que su amante, queria alentar á éste en la dolorosa lucha que sostenia.

Entonces sacó Florestan de su limosnera una preciosa cajita de marfil, y la abrió tomando de ella una estrecha diadema de perlas de incalculable valor por su tamaño y su pureza, que se cerraba en medio por un joyél de riquísimos diamantes.

—Guarda, amor mio, este recuerdo de nuestro cariño, dijo á Berenguela colocando la diadema en su hermosa frente: mi madre la llevaba cuando murió cobardemente asesinada, y su mano moribunda la puso en la mia como un postrer don del amor que me profesaba: es la prenda mas cara que puedo darte: ¿me prometes llevarla siempre, Berenguela?

—¡Siempre! te lo juro.

—Adios, pues: si alguna vez necesitas del rey de Castilla, preséntate á las puertas de su alcázar con esa joya, y conseguirás llegar hasta él: pero tú solamente, ¿lo oyes?

La desdichada, no dió muestras de oir estas palabras; habia vuelto á echar sus brazos al cuello de Florestan, y parecia absorver en sus ojos la luz melancólica de la mirada de su amante.

—¿Volverás, Florestan? preguntó en baja y trémula voz.

—¡No lo sé! contestó él desviando sus ojos del semblante de la pobre niña; ¡no lo sé, Berenguela! pero te juro que si no vuelvo, te enviaré á buscar para que vengas á mi lado.

Al pronunciar estas palabras, recogió el manto y la toca, y se lanzó á la calle arrancándose de los brazos de la jóven, que cayó desvanecida en su asiento.

II.

Un año despues de estos sucesos, hallábanse dos personas en la mísera estancia en que tuvo lugar la despedida de Berenguela y Florestan. Era la una, un caballero como de cincuenta años de edad de frente calva, ojos grandes y brillantes, y fisonomia pálida; denotaban bondad sus abultados labios, y su sonrisa, era á la par, noble é inteligente: vestia un riquísimo traje de terciopelo negro bordado de oro, y pendia de su cuello una gruesa cadena del mismo metal. Aun conservaba puesta su toca adornada de una larga pluma blanca.

La otra era una anciana de vulgar é impasible fisonomia: su humilde traje, no menos que su postura respetuosa, decian bien claro que era muy inferior en condicion á su compañero.

—¿Con que decís, señora Urraca, que tanto ama á la niña don García? preguntó el caballero á la anciana, que permanecia en pié delante de él.

—Tanto, señor, que desde que empezó á requerirla de amores ese otro hombre que Dios confunda, y ella prendada de él, declaró á don García, que solo le amaba como una hermana, se le vé decaer de dia en dia.

—¿Y Berenguela, qué dice al verlo?

—Nada: desde que partió su amante vive abismada en tan profundo dolor, que nada advierte de lo que pasa en torno suyo; solo algunas veces al ver á don García que la contempla con aire abatido, le toma la mano, se sonrie tristemente, y dice con monótono acento:

—¡Consolaos, don García! Dios se apiadará de nosotros.

—¿Y sabeis, señora Urraca qué es ese don Garcia?

—No sé mas que lo que él me ha dicho: que es hijo de un hidalgo del vecino pueblo de Lerma, y que ha peleado en los tercios de don Enrique; há un año entró en esta casa, cuando las tropas del maldito rey que Dios castigue, asolaban el pais, para curar una herida de un compañero suyo; vió á Berenguela y ya no quiso abandonarla, pues aunque reside en Lerma, viene aquí con frecuencia para verla.

—¿Y del otro amante, sabeis?

—De ese si que no sé una palabra.

—¡Dos amantes incógnitos! murmuró el caballero en voz baja; pero añadió alzándola: ¿cómo no habeis tratado de apurár quienes son esos hombres que aman á vuestra hija?

—¡Mi hija! repitió la señora Urraca: ¿acaso lo es? ¿No sabeis vos tan bien como yo, que hace diez y seis años encontré á una niña que apenas contaba dos, á la puerta de mi casa en la ciudad de Leon, donde yo habitaba entonces? ¡No os he dicho ya que hallé atado á su cuello con un cordoncito de seda negro un pergamino rollado, en que me daban instrucciones, y á su lado un bolsillo lleno de oro?

—Si, me habeis hablado de ese pergamino.... y á propósito, ¿teneis á bien enseñármelo ahora?

Levantóse la anciana y fué á sacar de un armario incrustado en la pared un pequeño pergamino enrollado que presentó al caballero.

—Tomad, dijo: es el mismo que Berenguela llevaba al cuello.

Desdoblólo él, y se puso á leer: poco á poco su fisonomia se fué animando, y un hondo pliegue se formó entre sus cejas pobladas y negras aun como el ébano; despues sin saber quizás lo que hacia volvió á leer en voz alta casi todo el contenido del pergamino, en tanto que la señora Urraca, le escuchaba con la mayor atencion.

«Esta niña, decia el escrito, es hija de padres «nobles y poderosos; cuidadla, buena mujer, y el

«cielo os recompensará en este mundo y en el «otro.

«No la digais jamás que no es hija vuestra, y el «dia que un caballero se presente á reclamarla con «un pergamino igual á éste, entregadla sin demora.»

Al acabar la lectura, plegó el anciano el pergamino con aire triste y meditabundo.

—¿Cuánto os daban cada año por cuidar de esa desdichada niña? preguntó tras un breve silencio.

—Trescientos doblones, es decir, una suma igual á la que encontré en el bolsillo.

El caballero, devolvió el pergamino á la anciana, é iba hablar, cuando ésta que estaba en pié junto á la ventana hizo un brusco movimiento.

—¡Ya viene! dijo señalando con la punta de su descarnado dedo á la calle. ¡Miradla, señor, qué abatida está!

—¿Qué es eso que lleva en la frente? preguntó el anciano indicando la diadema de perlas que ceñia los negros cabellos de Berenguela.

—Eso es un dige que la regaló su amante al partir, y que ella no ha querido quitarse ni un instante.

—¡Ah...!! murmuró el caballero, que miraba á la jóven con desencajados ojos.

Largo tiempo la siguió con su sombria mirada: cuando Berenguela entró en la casa, quedó inmóvil, como esperando verla aparecer.

Entró por fin en la habitacion, y sin mirar á las

personas que estaban en ella, fué lentamente á sentarse en un banco de madera; despues cruzó las manos y dobló tristemente la cabeza, en tanto que el caballero seguia contemplándola absorto.

Escusa tenia su distraccion. Berenguela presentaba la imágen fiel del ángel de los sepulcros: sus grandes ojos inclinados, su pálida frente, sus largos cabellos negros, brillantes como el plumaje que viste las alas del cuervo y sus blancas manos cruzadas, la daban un aspecto sublime y desgarrador.

Largo rato permaneció inmóvil y muda; luego levantó los ojos, pasó por la frente su abrasada mano, y articuló débilmente estas palabras.

—¿Ha venido, madre mia?

—¿Quien? preguntó la señora Urraca.

—El...Florestan.

La anciana se encogió de hombros con aire estúpido, sin comprender aquel inmenso dolor.

—¿Habeis dicho que no, madre mia? ¿No es verdad? tornó á preguntar la desdichada.

—No he visto mas que al señor caballero.

Berenguela levantó la cabeza; miró con afan al anciano, y se aproximó á él lentamente: cuando llegó en frente de él, puso las manos en sus hombros y clavó sus grandes ojos en su semblante.

—No... no eres tú el que yo espero, dijo con el tono de voz lento y triste que le era habitual: no eres tú... pero ¿le has visto? ¿sabes dónde está?

De súbito brilló en sus ojos un rayo de alegria,

batió las palmas gozosa, y sus facciones se animaron con una radiosa espresion de ventura.

—¡Ah! gritó: ya sé á qué vienes... sí... si... ya lo sé... á buscarme de parte de Florestan; porque él me lo dijo...: «Te juro que si no vuelvo, te enviaré á buscar...» eso... eso me dijo... ¡Oh, con cuánta alegria veo ahora que me cumple su promesa!

Al acabar de pronunciar estas palabras, se dirigió apresuradamente á un pequeño cuarto que la servia de dormitorio, y salió envuelta en un ámplio manto negro.

—¡Vamos, vamos por Dios, esclamó con ansia indescriptible; llévame pronto con él, que me estará esperando con impaciencia!

—No seas loca, muchacha, dijo la señora Urraca ásperamente: á dónde tú vas es á acostarte; porque hoy te devora la calentura, y no pienses mañana ni nunca ya mas en salir al campo; porque los ardores del sol te trastornan el cerebro.

—Iba á esperarle.... madre! dijo la pobre jóven con desgarradora tristeza, pero con dulcísima voz, en tanto que la despiadada vieja la desprendia bruscamente los pliegues del manto.

Luego cruzó las manos, mirando dolorosamente al anciano, y se dejó caer en el banco murmurando al verle salir:

—¡Se vá sin mí!

La señora Urraca le acompañó, y Berenguela

doblando la frente, quedó inmóvil y abismada en su dolor.

III.

Algunas horas mas tarde, se encontraba don Alvaro Garcés, conde de Carrion, en una suntuosa estancia de su palacio de Búrgos en compañía de un jóven de hermosa presencia y lujosamente vestido.

Tenia éste veinte y dos años, á lo sumo: su fisonomía era melancólica y apasionada; sus rasgados ojos, negros como sus cabellos, armonizaban con su tez muy morena; era de estatura elevada y de talle esbelto, y lleno de gentilleza.

Su traje estaba ricamente bordado de oro: llevaba una espada cuyo puño resplandecia de pedrería, y su toca que se veía sobre la mesa, estaba adornada de una hermosa pluma.

Ambos ocupaban dos sillones iguales, dorados, y de alto respaldo: junto al jóven se veia una mesa cubierta con un tapete bordado de oro, en la cual apoyaba su brazo izquierdo.

Iluminaba la estancia una lámpara de plata, pendiente de tres cadenas del mismo metal: ambos caballeros parecian absortos en una profunda meditacion, porque guardaban silencio: las fisonomias de los dos retrataban un intenso pesar.

—¿Con que eres tú, Fernando, el rendido y desdeñado adorador de esa jóven? dijo don Alvaro, despues de mirar por largo rato la inclinada frente de su hijo: ¿eres tú el que se finje llamarse don García, y ser hijo de un hidalgo de Lerma?

—¡Oh perdon, padre mio, perdon! esclamó el jóven cruzando sus manos con ademán de súplica: ¡la amo tanto, y hace ya tanto tiempo! Cuando vine aquí hace un año, acompañando á don Enrique, entramos en su casa, para que el infante restañase la sangre que corria de sus heridas, recibidas en el último encuentro con las tropas de don Pedro: nada advirtió á Berenguela que era el hermano del rey, el hombre á quien ella vendaba la cabeza, ni pudo conocer la condicion de las personas que le acompañaban: nos creyó soldados de los tercios de don Enrique y nada mas; además, su anciana madre se hallaba ausente de su casa, y viviendo sola con ella, nadie podia reconocernos.

Una triste sonrisa, plegó un momento los labios de don Alvaro, mas su hijo sin apercibirse de ello continuó:

—Desde aquel dia, la imágen de Berenguela no se apartó un instante de mi pensamiento, y cuando ya coronado rey don Enrique en esta ciudad, os decidisteis á fijaros en ella, para descansar de las fatigas de la guerra, pedí su venia á S. A. para venir á pasar algun tiempo en vuestra compañia, y restablecer mi salud, mas quebrantada por el amor

que me consumía, que por la sangre perdida en los combates.

Detuvose aquí Fernando, porque era llegado el instante de revelar á su padre el ardid que habia usado para encubrir su nombre y el sitio de su residencia; cubrióse su frente de encendido rubor, y bajó los ojos, enteramente falto de aliento. Mas aunque su confusion fué harto visible á los perspicaces ojos del anciano, guardó éste un severo silencio, dejándole apurar toda la amargura de su primera mentira.

—Cuando llegué á Búrgos, continuó el jóven tras de un largo y angustioso silencio, mi principal cuidado, no bien os abrazé, fué ir á ver á Berenguela. Díjela (¡perdon, padre mio!) dijela queme llamaba don García, que era hijo de un hidalgo de Lerma, y que acababa de retirarme á descansar á mi casa durante las treguas que abria la guerra.

Berenguela me escuchó con su sonrisa de ángel; mas ni una chispa de la pasion que ardia en mi corazon vi reflejarse en sus ojos: dulce y tranquilamente me oyó, y cuando la rogué que diese alguna esperanza á mi amor, me contestó fijando en mi semblante su apacible mirada:

—Don Garcia, amo á otro, y solo puedo ya corresponder á vuestro amor con el cariño de una hermana.

Una súbita espresion de alegria iluminó las abatidas facciones de don Alvaro, pero se desvane-

ció con la misma rapidez con que habia aparecido.

—Nada mas he podido lograr, prosiguió Fernando con amarga tristeza; hace algun tiempo que se abatió mucho mas, y que su salud, se alteró visiblemente; despues, una dolorosa enagenacion mental la preocupaba de contínuo y últimamente he creido columbrar que su razon está herida, y que la demencia clava sus garras de fuego en las sienes de Berenguela.

Un ahogado sollozo cortó al jóven la palabra y ocultó el rostro entre sus manos. don Alvaro pasó las suyas por la abatida frente, y alzó al cielo los ojos, como demandándole valor.

—Olvida á esa jóven, Fernando, dijo tras un largo silencio; olvídala, por que jamás podrá ser tuya.

—¡Olvidarla! gritó el jóven saltando en su asien. como si un dardo le hubiese herido. ¡Olvidarla, padre! arrancadme el corazon con vuestra propia mano, si quereis que yo olvide á Berenguela.

—¿Prefieres que vuelva á encerrarte en el castillo de Carmona de donde te saqué para que pelearas en los tercios de don Enrique?

—Nunca os he pedido cuenta de la prision en que he pasado la aurora de mi vida, padre mio: volvedmela á abrir: sepultad de nuevo en ella mi infeliz juventud y ¡Dios os bendiga, si asi me acelerais la muerte!

—¡Con que tanto la amas! esclamó con amargu-

ra don Alvaro, ¿con que ni mis ruegos podrán hacer que la olvides?

—Nada podrá hacer que yo deje de amarla, y de consagrarla mi vida.

—¡Matadme, pues, señor, gritó don Alvaro, arrojándose á los pies del jóven, y descubriendo su noble pecho lleno de cicatrices. Vos no sois mi hijo, como yo os hice creer; sois don Sancho, el ante-último hijo del rey Alonso onceno, y de doña Leonor de Guzman, y esa jóven es la infanta doña Berenguela, último fruto de aquellos desgraciados amores! Matadme, señor, repitió el anciano doblando hasta el suelo su calva frente, ¡porque solo hundiendo en mi pecho vuestra espada, conseguireis acercaros á ella!

Calló don Alvaro, y un profundo silencio, siguió á su terrible revelacion: cuando se atrevió á levantar los ojos, vió á don Sancho, inmóvil delante de él, lívido, erizado el cabello y cubierta la frente de helado sudor. No de otro modo, debió aparecerse á *Hamlet*, la sombra de su padre en su palacio de Dinamarca.

Cuando las miradas de aquellos dos hombres se encontraron, los ojos del infante perdieron algo de su horrible fijeza: llevó al pecho ambas manos, y dejó escapar un gemido desgarrador.

—¿Quién es entonces..... el otro amante de..... mi..... her..... mana? articuló con voz honda y lúgubre.

Estremecióse el anciano conde que aun permanecia arrodillado: inclinó la cabeza y contestó con voz temblorosa.

—¡Enrique II rey de Castilla y de Leon!

IV.

Un ahogado grito del infante, apagó el eco de estas últimas palabras. Don Alvaro seguia postrado delante del jóven, que se dejó caer casi exánime en su asiento.

—Levántate dijo al fin rompiendo el penoso silencio que hacia tiempo reinaba; levántate conde; y esplícame el hondo misterio que ha envuelto hasta hoy mi nacimiento, y el de esa infortunada.

La actitud y el acento de don Sancho al pronunciar estas palabras, nada tenian de semejantes con el jóven Fernando, que pocos momentos antes, era el hijo amante y sumiso de don Alvaro. Con la mano apoyada en la megilla, y el codo en la mesa, se preparó á escuchar las palabras del anciano: un rayo de augusta magestad, iluminó sus dulces ojos, irguió la frente, y la sangre de los reyes de Castilla se animó en sus venas, dando á toda su figura un carácter de imponente grandeza, que nunca habia tenido.

El conde, obedeciendo el mandato de don Sancho, se puso de pié y permaneció inmóvil y confundido.

—Habla, repitió el infante: dime porque he ignorado yo hasta este momento que era hijo de Alonso onceno, y porque lo ignora tambien Berenguela.

—¡Ah señor! esclamó el anciano: ¡señor mio, perdon! solo el expreso mandato de vuestro padre ha podido obligarme á guardar silencio: solo el juramento que le hice, ha podido sellarme los lábios.

—¿Mi padre te encargó que nos ocultases nuestro nacimiento?

—Si, señor: cuando vuestra madre os dió á luz ya vuestros hermanos y ella misma, eran terriblemente perseguidos por el odio de la reina doña María, legítima esposa de vuestro padre. Ya no sabian los que os dieron el ser dónde ocultaros. En tal angustia, el rey acudió á mi pidiéndome con el mayor encarecimiento, que os hiciese criar secretamente y pasar por hijo mio.—«Leonor, me dijo, morirá si le matan sus hijos: yo salvaré á los otros pero tú Alvaro, tú sálvame este.—»

Bien sabia el rey que nada podia conmover mi corazon como estas palabras.—«Salva este hijo á Leonor, porque si no va á morir.—» Para él no era un misterio la pasion que yo profesaba á vuestra madre, y que me mataba lentamente.

—¿Tú has amado á mi madre?

—La amé, señor desde que mis ojos vieron la primera luz: deudo su padre del mio, y unidos por la mas sincera y entrañable amistad, juntos nos criámos y crecimos; mi madre nos abrigó á un tiempo en su regazo, y la misma cuna nos meció; juntos corrimos por los floridos pensiles de Sevilla y el primer latido de mi corazon, fué de amor, para aquella hermosa niña, que solo me profesaba el tranquilo cariño de una hermana.

Quince años tenia Leonor, cuando se casó con un poderoso hidalgo; desesperado yo, me vestí la coraza, y marché á buscar la muerte en las batallas; pero la muerte huye siempre del que la busca, y yo no puede encontrarla.

Algunos años despues, llamóla atencion de Alonso XI la fama de mis hechos de armas, y me hizo capitan de su guardia. Juzgad cual quedaría, cuando hallándonos en Córdoba, córte á la sazon de los monarcas de Castilla, me mandó una noche acompañarle, á una hora muy avanzada: envueltos en nuestros mantos, y caminando con gran sigilo cruzamos muchas calles, deteniéndonos al fin en la puerta de una hermosa casa; abrió el rey con una llave que sacó de su limosnera y penetramos en ella.

Una dueña nos esperaba: despues de atravesar varios aposentos ricamente adornados, nos encontramos en una estancia amueblada con régia sun-

tuosidad. Recostada en un sitial, habia una jóven, que por lo esbelto de su figura, y delicado de sus formas, no podia pasar de los diez y ocho años; estaba vuelta de espaldas á la puerta, y tenia puesto un riquísimo brial de terciopelo azul, bordado de perlas, cuya larga cola se estendia como una alfombra en derredor de su sillon dorado; no tenia en la cabeza otro adorno que los largos rizos de sus cabellos castaños, que besaban lascivos el cuadrado escote de su trage: al ruido que hicimos al entrar volvio la cabeza, y sus grandes ojos negri-azules brillaron de contento.

—¡Don Alonso!... Alvaro...! esclamó corriendo hacia nosotros: pero estos dos gritos tuvieron en sus lábios distinta entonacion; el primero revelaba pasion inmensa; el segundo la alegre sorpresa de la hermana que vé á su hermano tras una larga ausencia.

—¿Conoces al conde de Carrion, Leonor? preguntó el rey admirado.

—¡Que si le conozco, señor! esclamó ella: que si le conozco cuando he nacido casi al mismo tiempo que él! que si le conozco, cuando he dormido en la misma cuna, he mirado el mismo cielo y he aspirado el perfume de las mismas flores! ¿No os he hablado muchas veces de un hermano á cuyo sado crecí, y á quien amaba en estremo? pues bien aquí le teneis!

Contrajéronse algun tanto las espesas cejas del

rey, al oir hablar á Leonor con tanta vehemencia, y mi frente se inundó de un helado sudor, al escuchar aquellos acentos. Don Alonso, celoso como lo son todos los seres que abrigan una gran pasion, hasta de las plácidas espansiones de la amistad, vió en el aspecto que su amada me manifestaba, la primera nube que empañaba el cielo azul y sereno de su recíproco amor: en cuanto á mí, la vista de aquella mujer tan tierna, y constantemente amada, y los dulces recuerdos de lo pasodo que ella evocaba con acento conmovido, me hicieron casi sucumbir, al esceso de mi emocion.

Ella empero, puso fin á una situacion tan embarazosa, tomando de la mano al rey, y conduciéndole á un camarin, que ocupaba el estremo de una estancia; abrió las cortinas, y luego descubrió los preciosos tapices que ocultaban una lindísima cuna de estructura gótica, labrada de marfil y plata, y en cuyo centro descansaba un niño de pocos meses: era don Enrique, conde de Trastamara, y hoy Enrique II rey de Castilla.

Un temblor convulsivo, recorrió el cuerpo del infante al oir pronunciar el nombre de su hermano: la palidez que cubria sus hermosas facciones, se hizo mas intensa, y cerró los ojos como para sujetar dentro de abrasada frente el delirante pensamiento.

Don Alvaro, á cuyos penetrantes ojos, no puede ocultarse la sorda tempestad que bramaba en el

alma de aquel desventurado, continuó tras una breve pausa.

—Dos horas despues de haber entrado, salimos de aquella casa, que encerraba lo que mas amaba yo en el mundo, y desde aquella fatal noche ni una sola dejé de acompañar á vuestro padre a ver á Leonor, ni un solo dia pasó sin que sintiese crecer en mi pecho la ardiente hoguera de mi funesto amor; supe sin embargo encerrarlo en lo mas recóndito de mi corazon, porque queria al rey con toda mi alma, y no me era posible causarle el mas pequeño dolor, y porque anhelaba conservar el único bien que me hacia soportar la vida: el amargo placer de ver á Leonor todos los dias, aunque fuese en los brazos de otro; de este modo me hice yo mártir de mi propio corazon, y ninguno de los que sacrificaron los inicuos emperadores de la antigua Roma, sufrió tormentos comparables á los mios.

Don Alonso, empero, leía en el fondo de mi alma; vuestro padre, señor, era un gran rey, y un hombre de corazon magnánimo y generoso: para todo recto y justiciero, su única falta fué el amor que me arrebató la felicidad de mi vida: para todos sensible, solo con mis dolores fué inexorable, no obstante que comprendia toda su amargura.

Y por otra parte ¿qué hubiera conseguido usand- de generosidad conmigo, y abandonándome la mujer que tanto amaba, él y á la que yo adoraba con

tanta locura? Leonor ciegamente apasionada del rey, le idolatraba con la vehemencia del primer amor. Casada sin conocer á su esposo, ningun afecto le unia á él, y cuando enviudó, quedó en poder de un anciano tio suyo, que al saber la pasion del rey por su sobrina, la persuadió para que correspondiese á ella. ¡Ay, solo podia pues resignarme á ver á Leonor en brazos del rey, para no verla morir de dolor en los mios!

Algunos años pasaron así: hubo una época en que el rey compadecido de la triste suerte de su esposa, la propuso que viviria á su lado, si consentia en que viviesen tambien vuestros hermanos bajo los muros del alcázar real: mas doña María contestó siempre, que renunciaba á la dicha de vivir con su esposo, si habia de comprarla con el dolor de ver á los bastardos.

—¡Oh qué injusta dureza! esclamó don Sancho.

—No acrimineis á la reina, señor: la mujer que ama á los hijos que su esposo ó su amante ha tenido en otra mujer, carece de corazon: si lo tiene, solamente cuando se haya estinguido en él, la chispa postrera del amor que alimentó, puede mirar con tranquilos ojos á los séres por cuyas venas corre mezclada la sangre del hombre que amaba, y la de otra mujer.

—¿Te atreves á defender á la reina doña María por las crueldades que usó con mi inocente familia,

y que me son bien notorias, á pesar de mi ignorancia acerca de mi nacimiento?

—Doña María me horroriza como el verdugo de una infeliz mujer, que era vuestra madre, y detesto su memoria, porque su víctima fué mi único y verdadero amor; pero la defenderé siempre de los cargos que puedan hacerla, por no haber recibido á su lado á los hijos del rey. Era mujer de corazon y que amaba á su esposo apasionadamente; pero estoy cierto de que si don Alonso hubiera tenido cuando se casó con ella, hijos legítimos de otro matrimonio anterior, ni el mas leve sentimiento de cariño, les hubiera concedido tampoco. En ellos hubiera visto, no los hijos de su esposo, si no los de otra mujer que se habia llevado la tierna y pura flor de su primer cariño, el mas santo y vehemente de todos, y aquel cuyo recuerdo no se olvida jamás: la mujer cuyo esposo tiene hijos, ve en cada caricia que les dedica, una caricia enviada á la sombra de su madre: en el sonido de cada beso, un eco de los que su madre recibió: en cada mirada, el afan de buscarles alguna semejanza con la que le dió el ser...

—¡Ah señor! este amargo sacrificio, es el único que no es dado consumar al corazon de la mujer por muy dotado que esté de bondad! no le exijais á la desdichada amor para los seres cuya sola vista tortura su alma y hiere de muerte su orgullo! Pedidle mas bien al hombre que tiene hijos, que no vuelve á amar

ni á casarse, ó que si lo hace, sea con una mujer de organizacion vulgar.

Nada opuso el infante á la inexorable lógica del anciano caballero, y su silencio manifestó que absolvia á la madre de *Pedro el Cruel*, en cuanto á las debilidades de su corazon, por mas que la acriminase como al verdugo de su propia madre.

—La medida del sufrimiento de la reina, se llenó por fin, continuó don Alvaro. Ocho dias despues de daros á luz, tuvo que huir Leonor de su casa disfrazada de hombre, y acompañada del rey, para no caer en manos de los espías de doña Maria que constantemente la asediaban. Antes de marchar vuestro padre os puso en mis brazos, me rogó que ocultase á todos y aun á vos mismo vuestro nacimiento, y me ordenó que me reuniese á él, en un lugarcillo cerca de Gibraltar, á cuya villa ocupada por los moros, iba á poner sitio: despues marchó apresuradamente con Leonor débil aun y quebrantada.

Entonces, señor, os conduje á Sevilla, mi pátria, y os confié á los cuidados de una hija de mi nodriza, casada con uno de mis escuderos hacia pocos meses, la cual me ofreció cuidaros con la mayor ternura: le dije que érais hijo mio, y fruto de unos infelices amores, y la buena Dulcelina me creyó con la inocencia propia de su carácter, jurándome que ocupariais en su corazon el lugar del hijo que acababa de perder, y el del esposo que yo me llevaba á la guerra.

Marché á Gibraltar tranquilo con respecto á vues-

tra suerte, y volví á ocupar mi sitio al lado del rey, como capitan de su guardia. Don Alonso puso cerco á Gibraltar, y se preparó bien para no abandonar la empresa hasta ganar la villa, á pesar de la terrible epidemia que se introdujo en sus reales. ¡Ay, qué mucho que su corazon no desmayase, si tenia consigo á la mujer que amaba y á sus hijos!

Leonor no quiso separarse del rey durante las terribles pruebas á que se veía espuesto, y vivia con los bastardos en una tienda de campaña construida con toda comodidad, inmediata á la del rey: yo fui el encargado por S. A. de guardar aquellas prendas tan caras á su corazon; yo á la cabeza de una numerosa guardia de castellanos, recibí la órden de no perder de vista un solo instante ni á la madre ni á los hijos.

¡Cuantas veces me sorprendió la aurora arrodillado á los pies del lecho de vuestra madre! ¡Cuantas la despertaron de su apacible sueño el rumor de mis sollozos, ó las esclamaciones que dejaba escapar en mi delirio! Entonces poniame en pié precipitadamente, tomaba la espada que habia dejado caer, y volvia á ocupar mi sitio detrás de las cortinas de su lecho. Incorporábase ella, miraba á todas partes, y concluía por llamarme.

—¿Qué me mandais, señora? decia yo acercándome despues de haber tragado mi amargo llanto.

—¡Señora! ¿por qué me llamas así, Alvaro?

—Perdonadme, Leonor... ¿qué quereis?

—¿No has oido ruido?

—Todo yace tranquilo.

—Me ha despertado, yo no sé que estraño rumor.

—Eso es que habeis soñado.

—Tal vez... pero ¿qué tienes? ¡Estás pálido!

—Lo harán las luces...

—¿Y el rey y mis hijos?

—Duermen... procurad dormir tambien.

Leonor corria las cortinas, y mi corazon, mas enchido que antes de su fogosa y desesperada pasion, se refugiaba en lo mas hondo de mi pecho, destrozado por un amor que lo aniquilaba hacia veinte años.

—¡Pobre mártir! esclamó don Sancho, tendiendo al conde su mano. ¡Dios te premiará en el cielo!

El anciano miró al infante con profunda gratitud, y prosiguió asi su lastimera historia:

—Diez meses sostuvo don Alonso el sitio de Gibraltar: durante este tiempo, comenzaron á correr voces de que habia en el campo espías de la reina y de don Pedro, cuyo único objeto era apoderarse de los bastardos y de su madre; estas nuevas afligieron en estremo el espíritu del rey, tanto mas, cuanto que Leonor estaba en vísperas de darle otro hijo, y no se atrevia á alejarla de su lado en semejante estado. Dobló la guardia de los infantes vuestros hermanos, y determinó no separarse un instante de vuestra madre, hasta recibir en sus brazos al hijo que iba á nacer, y que pensaba entregarme para que lo pusiese en salvo como á vos.

Llegó la hora del parto, y terminado que fué, el rey corrió los tapices de la tienda, tomó de mis manos la espada desnuda, con que hacia mi guardia, y me puso en los brazos á la infanta que acababa de nacer.

—Sálvala, conde, me dijo: sálvala como á su hermano: tal vez de entre todos mis hijos, serán los únicos que conserven la vida los dos que confio á tu cuidado.

Al acabar de pronunciar estas palabras, mandó S. A. acercar á uno de sus escuderos que tenia de la brida un alazan ensillado: me echó el mismo su manto sobre los hombros, y yo despues de requerir mi daga, y de envainar mi espada, salté sobre él, sin tener mas tiempo que de besar la mano del rey, y partí llevando entre mis brazos á la infanta recien nacida.

Bien pronto el ardiente galope de mi caballo, me puso fuera del campamento: á la luz de la aurora divisé un blanco pueblecillo, y me dirigí á él, para buscar, no reposo, si no una nodriza que me acompañase: dejé el caballo en la posada, oculté á la infanta entre los pliegues del manto, y salí á dar la vuelta al lugar; al fin de él vi á una mujer jóven que mecia á un niño como de un año, sentada al lado de otra, anciana.

—¿Quereis ganaros trescientos doblones cada año, buena mujer? la dije.

—¡Ah señor caballéro, qué decís? esclamó atónita.

—Que si quereis amamantar á esta niña os daré esa suma.

—Tengo un hijo señor, y no puedo.

—Pero no tienes pan que darle, Aldonza, dijo tristemente la anciana, ni el pobre tiene padre que se lo busque: solo cuenta con el cariño de su abuela que lo cuidará mucho, si tu quieres ganar honradamente para todos.

—¡Si vos lo cuidais, madre...!

—Sí, hija mia, no me separaré un instante de él.

Un vagido de la pobre niña que yo tenia en los brazos acabó de decidir á la jóven, que la tomó en los suyos.

—Hacedme la merced, buena mujer, dije á la anciana, de buscar una mula para vuestra hija; tiene que acompañarme á la ciudad de Leon.

Obedeció aquella, y media hora despues, caminábamos á buen paso, llevando Aldonza entre sus brazos á la infanta.

Al llegar á aquella ciudad, encomendé á la niña y la nodriza, á los cuidados de mi anciana madre, la cual habitaba allí: encargué que hiciese bautizar á la infanta inmediatamente con el mayor secreto, dejé pagada por un año á Aldonza, y volví apresuradamente al campamento.

Era el dia 26 de marzo de 1350 y las once de la noche, cuando entré en él; la luna que brillaba con todo su esplendor, iluminaba las brillantes armaduras

de los soldados, é iba á quebrarse en sus yelmos de acero: muchas hoguéras encendidas patentizaban que todo él ejército castellano estaba en vela, y lo confirmaba así, yo no sé que estraño rumor que se advertia en el campo.

Con la seña *Alonso y Castilla*, llegué hasta las tiéndas reales, y penetré en la que habitaba vuestro padre... mas ¡oh gran Dios! cuan terrible cuadro se ofreció á mi vista!

Tendido en su magnífico lecho de campaña, estaba Alonso onceno, ya casi exánime: la térrible epidemia que habia diezmado el ejército castellano, era la que conducia al sepulcro al vencedor en la batalla del *Salado*. Arrodillados junto al lecho, se veian los infantes don Enrique, conde de Trastamara, y don Fadrique, gran maestre de Santiago, casi niños ambos, y que derramaban amargo llanto: rodeábanles muchos prelados y ricos-hombres de Castilla y de Leon, contándose entre estos últimos, el infante don Fernando de Aragon, sobrino del monarca; don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Alburquerque.

Nada mas suntuoso, é imponente que el lecho mortuorio de Alonso oceno. Componialo, *una tarima de campamento cuya cabecera era de ricas maderas oscuras hábilmente combinadas, terminando en dos agujas angulares del mas limado gusto gótico; en medio, y formando contraste con los ya referidos adornos, se destacaba, dibujando mil caprichosos plieges el célebre pendon de Santiago, que dió á don Alonso la victoria*

en la batalla del Salado. El primer cuidado del espirante monarca, al caer en el lecho de la agonía, fué colocar sobre su cabeza aquella bandera, gloria y orgullo de Castilla: cerca del lecho y al alcance de su brazo, se encontraban en forma de trofeo las armas que vistiera en el sitio de Gibraltar, ciudad que deseó arrancar del poder sarraceno, tanto por aumentar sus dominios y disminuir el de los moros, como porque su padre Fernando IV la conquistó años atrás valerosamente, aunque á costa de un soldado que valía por ciento, y cuyo nombre era Guzman el Bueno (a.)

Detrás de los suntuosos tapices que formaban pabellon, y junto al lecho del rey, estaba Leonor de Guzman, con el rostro oculto entre las manos, y el pecho desgarrado por los sollozos, que procuraba en vano contener. Hermosa como nunca, parecia aun mas embellecida por su intenso dolor.

Ella fué la primera que se apercibió de mi llegada: apartó del rostro sus manos bañadas en llanto, y me las tendió como si solo de mí esperase algun consuelo.

—Señor, dijo aproximándose conmigo al lecho del rey: señor, ya está de vuelta el conde de Carrion.

Abrió los ojos don Alonso, y me alargó una mano que yo besé de rodillas.

—¿Y la infanta? preguntó con voz sofocada.

(a) Bolangero.

—Con mi madre, señor.

—¿Me traes nuevas de don Sancho?

—El infante está bueno, y sigue al cuidado de Dulcelina.

—¡Gracias, Alvaro! murmuró don Alonso estrechando débilmente mis manos.

Despues guardó silencio; pero su ansiosa mirada me hizo conocer que deseaba hablarme algo mas y que sufria por no poder hacerlo delante de tantos testigos.

Entonces me volví al conde de Trastamara, que lloraba siempre arrodillado.

—Haced despejar, señor, le dije: el rey quiere hablarnos sin testigos.

Levantó el niño su doliente rostro, é hizo á los cortesanos una señal llena de gracia y majestad. Instantáneamente se ensanchó el círculo de los nobles, que retrocedieron hasta llegar á los tapices que cerraban la tienda.

—Leonor, dijo el rey tomando una de las manos de vuestra madre: Leonor mia, tú sabes lo mucho que te he amado, y Dios es testigo de que muero amándote con la misma intensidad: sí, en este instante supremo, en que estoy próximo á comparecer ante su divina presencia, no siento en mi corazon remordimiento alguno al hacerte esta confesion. Dios te formó para que te amase, y haciéndolo he cumplido su santa voluntad.

Detúvose el rey, y sus cadavéricas facciones, retrataron un profundo dolor.

—No llores así, hijo mio, dijo aproximándo á su pecho la negra y rizada cabeza del maestre de Santiago, que sollozaba cubriéndose el rostro con el manto: no te desconsueles, Juana, añadió tendiendo los brazos á su hija la marquesa de Villena, niña rubia y angelical: y tú, Enrique, mi hermoso y adorado Enrique, consuélate por Dios. Os dejo una buena madre, y un amigo fiel, y desde el cielo velaré por vosotros: mi solo dolor al morir, es el no poder dejaros á cada uno un dilatado reino... pero la corona que heredé de mi padre, pertenece á mi heredero legítimo, el infante don Pedro...

Un movimiento del conde de Trastamara, cortó al rey su discurso: al oir las últimas palabras de su padre, la frente del infante, se cubrió de palidez, y brotaron relámpagos de sus rasgados ojos.

—Mi corona es de mi hijo el infante don Pedro, repitió el rey que advirtió aquel movimiento, con voz lúgubre, pero con acento severo: no lo olvideis, hijos mios, para que merezcais su amistad y proteccion..., no lo olvides Leonor, para que procures captarte su benevolencia... sois vasallos suyos... amadle y... respetadle como á vuestro rey...

Calló don Alonso debilitado por la energía con que habia hablado, y su cabeza cayó lívida y exánime sobre los ricos almohadones de brocado. Mas incorporándose por un último y poderoso esfuerzo, y apoyán-

dose en mis brazos, pudo bendecir á Leonor y á sus hijos, y rcomendármelos con una espresiva mirada.

Luego alzó la cabeza, radiante de sublime magestad, brilló en sus ojos un rayo de luz, y dejó oir de nuevo su voz:

—¡Ricos-hombres...! gritó con acento sepulcral; ¡prelados de mis reinos...! yo os.... mando.... que lleveis mi cetro y mi corona.... al infante mi hijo...! ¡¡Larga vida.... al rey don Pedro...!! . . . .

. . . .

En este último y supremo grito, lanzó Alonso onceno su postrer suspiro.

Al escucharle, cayó Leonor desmayada sobre el cadáver del rey: la marquesa de Villena, y el maestre de Santiago, rompieron en llanto amargo, y el conde de Trastamara, puso mano á la espada, mirando con ojos secos y furiosos á los nobles que rodeaban el lecho de su padre: mas aquel iracundo movimiento, fué dominado pronto por un intenso dolor: el infante lanzó un gemido penetrante, y cayó con la cara contra el suelo: el golpe le abrió la frente, y anchas gotas de sangre salpicaron el blanco manto de maestre de su hermano.

Era la primera sangre de la infinita, que la temprana muerte del gran Alonso onceno hizo verter.

Entre tanto, un heraldo abrió las cortinas de la tienda real.

—¡El rey Alonso onceno, ha muerto! gritó: ¡Castellanos! ¡Leoneses! ¡larga vida al rey don Pedro!

V.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de don Sancho, al escuchar los tristes pormenores de la muerte de don Alonso.

—¡Ay! esclamó: mi padre no tuvo un solo pensamiento, para sus dos últimos hijos! nada para ella, ni para mí...! Todo para Enrique entonces y ahora... ¡todo tambien...!

El conde de Carrion besó la mano del infante, profundamente afectado por tan justo dolor, y continuó despues:

—El dia 28 de marzo formó en batalla todo el ejército castellano, para despedir al cadáver de su real caudillo. Iban al lado del féretro los infantes, y los rodeaban todos los nobles del reino: yo marchaba al lado de vuestra madre, que cabalgaba en un potro cordovés, é iba enteramente vestida de luto.

Caminamos hasta cerrar la noche, y entonces á una señal del conde de Trastamara, se detuvo la comitiva: algunos ricos-hombres se aproximaron á los infantes, los cuales despues de abrazar á su madre, partieron á Algeciras, con un corto número de parciales. Leonor, temia las iras del rey don Pedro para sus hijos, y los enviaba á aquella ciudad, que sabia les era adicta: yo seguí con la comitiva hasta Se-

villa, en cuyo alcázar moraban la esposa y el hijo del rey difunto.

Las exequias de don Alonso se celebraron con régia pompa en la catedral, siendo depositados sus restos en la capilla llamada *de los Reyes*. Doña María de Portugal concedió habitacion á vuestra madre en su alcázar, y la marquesa de Villena fué á reunirse con su esposo, de cuyo lado bien pronto debia ser arrebatada.

En cuanto á vos y á Berenguela, solo vuestra madre y yo sabiamos donde estábais, y en vano la reina os buscó por todas partes; vos señor, seguiais guardado por Dulcelina, y vuestra hermana permanecia bajo la custodia de mi buena madre, que la hizo bautizar con su mismo nombre, y la amaba con el mayor estremo.

La noche misma del dia en que concluyeron las fiestas, con que se celebró la coronacion de don Pedro, fué presa vuestra madre y conducida por los ballesteros de maza del rey á la cárcel pública. En vano pedí audiencia al jóven rey, para implorar por ella: se me negó, y la grave enfermedad, que le sobrecogió á pocos dias, imposibilitó tòda tentativa de salvacion, porque la reina hizo trasladar á la infeliz cautiva á las prisiones del alcázar para tenerla mas segura.

Unr carta que recibí entonces de Leon, me avisaba que mi anciana madre se encontraba en la agonia y que queria verme: os confieso, señor, que todo lo

olvidé con tan triste nueva; sin pensar en Leonor, ni en vos mismo, salí aquella noche reventando caballos, á recoger la bendicion materna.

Mas ¡ay que llegué muy tarde! ya no pude abrazar mas que su cadáver helado!

Guardó algunos instantes de silencio el conde, para reponerse de tantas emociones, y luego continuó:

Con la muerte de mi madre quedaba desamparada la tierna Berenguela: no atreviéndome á llevarla conmigo, y no sabiendo qué partido tomar en tan apuradas circunstancias, me determiné á confiarla á los cuidados de una mujer que tenia fama en la ciudad de muy religiosa, y cuyo nombre era Urraca: fijo ya en mi proyecto, esperé con ánsia la noche, escribí dos pergaminos iguales, puse en un bolsillo trescientos doblones, y atando uno de los pergaminos al cuello de la niña, con un cordoncito de seda, esperé el momento favorable.

La señora Urraca vivia enfrente de la casa de mi madre; al toque de ánimas la ví salir y encaminarse á la iglesia: entonces tomé en mis brazos á la infanta, que dormia apaciblemente, y me dirigí á casa de la anciana: coloquéla con cuidado en el portal, sin que despertase de su dulce sueño, y puse á su lado el bolsillo que contenia el dinero, retirándome luego á la esquina de un callejon inmediato.

Poco tardó en volver la señora Urraca: la noche habia cerrado, y al entrar tropezó ligeramente con el cuerpo de Berenguela, que despertó y se echó á llo-

rar; la anciana llamó á una vecina, y la pidió una luz: bajaron ambas, y comenzaron á hacer esclamaciones, al ver aquella hermosa criatura abandonada.

Perplejas estaban, pues que ninguna de ellas sabia leer el pergamino que la infanta llevaba al cuello, y que le habian quitado, cuando acertó á pasar por allí un caballero: entonces Urraca le llamó y le rogó que le descifrase el pergamino.

No pude entender lo que hablaron: solo vi que la anciana tomó en sus brazos á la niña, haciéndola mil caricias, y se subió con ella, sin dejarse olvidado el bolsillo.

Presa del mas agudo dolor, por dejar á la infanta en manos desconocidas, pero al mismo tiempo dando gracias á Dios por haberme deparado un medio de ponerla á salvo del rencor de la reina, volví á Sevilla, y dí cuenta á vuestra madre de la suerte de su hija.

Escuchóme ansiosa, mas no bien acabé, cuando esclamó llorando amargamente.

—¡El asilo de don Sancho ha sido descubierto, y la reina va hoy mismo á apoderarse de él!.. ¡Corre, Alvaro, corre, sálvale de una muerte segura!

Volé á casa de Dulcelina que nada sabia: os tomé en mis brazos, y os llevé al meson donde me hospedaba, diciendo que érais mi hijo, é insiguiendo hasta hoy en esta ficcion es como he podido salvar vuestra vida.

Tres dias despues, partió don Pedro I para Búrgos, acompañado de toda la córte para ser jurado rey por los Córtes de Castilla, y antes de regresar á Sevilla se supo que el infante don Enrique habia salido de Algeciras con direccion á Asturias donde iba á alzar pendones. Doña Maria que habia quedado en Sevilla, mandó conducir á vuestra madre á Talavera de la Reina, llamada asi por ser ciudad cuyo señorío le habia regalado Alonso XI el primer año de su casamiento, y dió órden de que se la encerrara en la cárcel.

¡Oh! ¡Con cuan intenso dolor la vi salir de Sevilla! No me permitió que la siguiera, temblando por vuestra vida, y me hizo jurar que me quedaria para guardaros.... ¡Oh señor! ya no debia yo volverla á ver!...

Diez meses sufrí, lejos de ella, todos los tormentos de la desesperacion: mi cariño en vez de amenguarse con el tiempo habia llegado á formar una parte de mi existencia, y lejos de Leonor faltaba el aire á mi pecho y la luz á mis ojos.

No pudiendo vivir mas sin verla, tomé una resolucion desesperada.

El esposo de Dulcelina habia sido nombrado por mi influjo con el rey difunto, alcaide del castillo de Carmona, y estaban confiados á su custodia vuestros hermanos don Juan y don Fernando, víctimas ya de las iras de la reina viuda: llamé al alcaide y le pregunté si podria guardarme á mi hijo Fernando,

mientras iba á hacer un viage: prometió que velaria por mi hijo como por los suyos y la buena Dulcelina se os llevó loca de alegria.

Yo la seguí con su marido: elegí para vos una de las prisiones mas seguras, pero cómoda y espaciosa: dejé mucho dinero para vuestro decoro y mantenimiento, y despues de ver á vuestros infelices hermanos, condenados ya á muerte, os abracé con lágrimas, y partí seguro acerca de vuestra suerte.

Llegué á Talavera en una hermosa mañana del mes de febrero de 1351 y me dirigí apresuradamente á la carcel: pero la encontré rodeada dela guardia de la reina, la cual no me permitió pasar: desesperado y muerto de fatiga, me dejé caer en un asiento de piedra que habia en la puerta del fúnebre edificio, donde permanecí inmóvil y absorto en tristísimas reflexiones.

De repente un fuerte rumor me hizo abrir los ojos: levantéme y me dirigí de nuevo á la puerta de la cárcel, pudiendo penetrar en ella entre el tropel que ya no se cuidaban los soldados de contener: la multitud invadió en breve la escalera, pero se apartó para dejar paso á un hombre que bajaba escoltado por los guardias de la reina, y que blandia en la mano un puñal ensangrentado hasta el pomo. Era Alonso Fernandez de Olmedo, uno de los escuderos de doña María.

Con la muerte en el alma acabé de subir la escalera, y corriendo como un loco, llegué hasta un cala-

bozo á cuya puerta se detenian las olas del gentio; yo entré desatentado, y la luz faltó á mis ojos ante el cuadro de desolacion que se me presentaba.

Leonor de Guzman, tendida en el suelo, tenia el pecho traspasado con cinco puñaladas: su cuerpo cubierto por un vestido de terciopelo negro, nadaba en un lago de sangre que manaba de sus anchas heridas, y que empapaba sus largos cabellos castaños, cuyo espesos bucles llegaban á sus pies.

Arrodillado sobre la misma sangre de su madre estaba el conde de Trastamara con los ojos fijos y dilatados, los lábios cárdenos y erizado el cabello: tenia entre sus manos crispadas una diadema de perlas, manchada con sangre, lo que probaba que acababa de ser quitada de la cabeza de su infeliz madre: en todos los ángulos de la estancia habia centinelas de los tercios de don Enrique en cuyas vestas se veian los blasones del infante.

—¿Quién se atreve á llegar hasta el cadáver de mi madre...? gritó iracundo, levantándose al oir mis pasos, y blandiendo furioso su daga.

—¡Alvaro...! esclamó reconociéndome y arrojandose sollozando entre mis brazos. Alvaro...! eres tú... ¡Bendito seas, pues que tu vista ha hecho brotar mi llanto!

Don Sancho soltó un largo gemido, y el conde de Carrion dió tambien rienda suelta á sus lágrimas al recordar la cruel y sangrienta venganza de doña María de Portugal.

Luego que el infante hubo desahogado un tanto su dolor, hizo seña al narrador para que continuase, el cual lo hizo del modo siguiente:

—Mira, me dijo don Enrique, mira, Alvaro, lo que ha encontrado el hijo que ha venido desde Asturias á salvar á su madre...! al mismo tiempo que el infame Olmedo salia por esa puerta despues de hundir el puñal de la reina en ese noble pecho entraba yo por la otra para sacarla de la prision...!

—¿Quién ha recogido su último suspiro? le pregunté:

—Yo, me contestó el infante, con una indescriptible espresion de orgullo y hasta diré de alegria; sus ojos han perdido la luz mirándome, y su mano se ha helado en las mias, despues de entregarme esta joya húmeda con su sangre!

Al decir estas palabras besó don Enrique la corona de perlas que tenia en la mano, y la guardó en su limosnera.

—¡Ah, maldicion sobre tí, Enrique! gritó levantándose con rabia el infeliz don Sancho: para tí fueron las últimas caricias de mi padre! para tí tambien las últimas de mi madre y el amor de entrambos mientras vivieron ! para tí el cariño de Berenguela, su vida y su razon porque ambas cosas pierde por ti...! maldito seas!

—Calmaos, por Dios, señor, dijo el conde: toca ya á su término esta amarga historia.

Despues aprovechándose del abatimiento en que el infante habia vuelto á quedar, continuó:

—Conseguí, por fin, arrancar al conde de aquel funesto lugar: arrastrábalo ya hácia la puerta por donde habia entrado, y sus ballesteros nos seguian cuando vino mi escudero bañado en sudor y cubierto el semblante de palidez.

—¡Huid, señor! esclamó dirigiéndose á don Enrique: huid, que vienen á prenderos las tropas del rey! Ya han degollado á los infantes en el castillo de Carmona y quieren que la venganza se cumpla á un tiempo en todas partes!

Yo arrastré al infante por la puerta por donde habia salido el asesino sin encontrar resistencia: montamos á caballo y seguidos de su guardia salimos á escape de Talavera.

Aquella misma noche, don Enrique se dirigió á Aragon y yo partí precipitadamente á Carmona, temblando por vuestra vida: os encontré bueno, y cada vez mas hermoso: los infantes don Juan y don Fernando, el uno de edad de 18 años y el otro de 14 habian sido barbaramente degollados en su prision, sin que vos supiérais siquiera que cerca de vos habian existido.

Ya teniais entonces 10 años y me pedisteis muchas veces que os llevase conmigo; pero pude engañaros y marché á Aragon ansioso de pelear en los tercios de vuestro hermano don Enrique para vengar la muerte de vuestra desventurada madre.

Siete años permanecí á su lado, errante como él, y dividiendo su azarosa suerte: al cabo de este tiempo y pensando con razon que ya podriais soportar los peligros de la guerra, le pedí su venia para presentarle á mi hijo y, obtenida, partí para Carmona llevándoos despues conmigo.

Vos sabeis, señor, el entrañable amor que el infante os profesó desde luego: mil veces al ver la afeccion que os únia estuve á punto de declararle el misterio de vuestro nacimiento; pero un secreto impulso me contenia, sin que yo mismo supiera darme cuenta de su causa. ¡Erais tan dichoso á mi lado! Os amaba tanto yo, que tenia celos de que otro tuviera derechos sobre vos.

Por aquel tiempo supe por las gentes que tenian encargo en Leon de velar sobre la anciana Urraca que esta habia abandonado la ciudad, por las contínuas vejaciones, que sus habitantes tenian que sufrir de las tropas de ambos bandos y que habia fijado su residencia en Búrgos, poblacion muy pacífica entonces. Berenguela tenia 15 años y seguia en compañía de la anciana.

—¿No te dolia la suerte de esa desdichada niña? preguntó don Sancho con acento severo.

—Yo daba cada año una gruesa suma para que de nada careciese: Urraca pasaba por una buena y cristiana mujer: solo hoy he podido comprender la dureza de su corazon y la horrible suerte de la pobre niña.

—Cuando yo la ví en su casa, el dia que Enrique entró á curar su herida parecia muy feliz, observó don Sancho.

—Tal vez es su sola desdicha, el que esa mujer no conoce la inmensidad de su pena ni el amor que la vuelve loca: desde aquel dia, amó á don Enrique, y él que, por razones de política, estaba casado con doña Juana Manuel, le ocultó su nacimiento y su posicion, fingiéndose un simple escudero para poderla ver.

Cuando las fatigas de la guerra y lo avanzado de mi edad me obligaron á buscar el reposo en esta ciudad, vos, señor, enamorado tambien de esa niña, desde el dia mismo en que se prendó de ella don Enrique, alcanzásteis de él, permiso para venir á acompañarme, y la habeis visto todos los dias bajo el nombre de don García, hijo de un hidalgo de Lerma.

—¿Por qué no declaraste al rey que yo era su hermano, despues de su coronacion?

—¡Ah, señor! yo sabia que don Enrique habia clavado su daga en el pecho de su hermano: herido don Tello, muertos don Fadrique, don Juan y don Fernando, solo vos podiais hacerle sombra y temblé por vuestra vida!

Hoy he visto á la infanta: la desdichada ha perdido casi enteramente la razon, y estoy persuadido de que la causa de esta desgracia es el invencible amor que profesa al rey. Yo puedo reclamar á vuestra

hermana con el pergamino que escribí y que tengo en mi poder, del todo igual al que puse á su lado cuando la deposité en casa de Urraca. ¿Qué debemos, hacer señor? Decidlo vos, mandad.

Calló el conde de Carrion, esperando la contestacion del infante: mas este con la frente apoyada en la mano permaneció silencioso é inmóvil.

—¡Muera yo! dijo por fin el generoso jóven, levantándose de súbito, y clavando sus ojos en el cielo: muera yo, si no puedo dominar este fatal amor, pero al menos sálvese la honra de mi hermana, y sálvese mi hermano de cometer el mas horrible de los crímenes.

Luego mirando de nuevo al anciano, preguntó:

—¿Tienes alguna prueba que atestigue el nacimiento real de Berenguela y el mio?

—Ninguna, señor: vuestro padre confiaba enteramente en mi lealtad y no me dió documento ni escrito alguno para la seguridad de sus hijos: lo rápido é inopinado de su muerte, no le dió lugar á tomar ninguna medida acerca de este punto.

—En cuanto á mí, nada me importa: pero ¿es posible que no ha de haber un medio de probar al rey que Berenguela es hermana suya, para contener su pasion?

—No existe medio en lo humano para convencerle de ello, á no ser que él me crea por mi palabra.

—¡Dios tenga piedad de mí! murmuró don San-

cho. Busca el pergamino, conde, prosiguió: búscale y ve inmediatamente á reclamar á la infanta; y como advirtiese un movimiento de espanto que don Alvaro no pudo contener, añadió con tristísima sonrisa.

—Nada temas, conde; no la veré: por la memoria del rey, mi padre, te juro que sabré ser como tú, mártir de mi propio corazon.

Nada contestó el conde, contentándose con inclinarse profundamente delante del infante: despues tomó la lámpara de plata y acompañó á don Sancho á su propia estancia, decorada ya con la suntuosidad conveniente al rango del infante, profusamente iluminada y custodiada por una guardia de honor de los hombres de armas de don Alvaro.

La primera luz del alba empezaba á aparecer cuando llegaron á la puerta del aposento: los soldados presentaron las armas al régio huésped, y no bien se hubo cerrado la puerta tras él, fuése el conde precipitadamente á su aposento, abrió un armario secreto y tomó un pergamino enrollado, igual al què le mostrára en su casa la señora Urraca: embozóse en su manto, y se dirigió á la morada de aquella.

La puerta abierta le dió fácil acceso hasta su miserable estancia; pero la anciana dormia, ý el conde tuvo que esperar algunos instantes.

—Vengo á buscar á Berenguela, señora Urraca, la dijo: ahí teneis el pergamino que me autoriza á llevármela, y doscientos doblones, como una última

prueba de la generosidad y reconocimiento de sus padres.

—¡Cómo! ¿Venis á buscarla? dijo la anciana en cuya fisonomía se pintó claramente el disgusto que esperimentaba en perder la hermosa suma que la daban cada año, por atormentar á la desdichada niña, pues en verdad, en verdad que me alegro en el alma, por que está loca de remate. ¡Berenguela, Berenguela! gritó ocultando codiciosamente en su bolsillo, el oro que acababa de recibir. Berenguela...! despierta, muchacha!

Al decir esto, abrió la cortina que servia de puerta al domitorio de la doncella: mas el conde y la infame guardadora arrojaron un agudo grito.

La infanta no estaba en el dormitorio. Habia desaparecido.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

EL MARTIR DEL CORAZON.

La fatalidad abre heridas en el corazon, que solo puede cerrarlas la muerte . . . .

. . . .

. . . . . Casi siempre el mundo castiga inhumano á la virtud: pero el martirio que esta sufre en la tierra, es la llave de las puertas del cielo; y es que la virtud tiene rasgos que las mezquindades humanas hacen que se escapen á la débil penetracion del hombre, y no pudiendo apreciarlos mas que Dios, tan solo á Dios le es posible darles la recompensa.

(José Marco.—*Cartas á la autora.*)

I.

Era cerca del anochecer, y un frio intenso se dejaba sentir en las calles de Toledo. Elevábase soberbio el alcázar de los reyes de Castilla, y sus estancias se iban iluminando poco á poco.

Aquel suntuoso edificio, tan silencioso y lúgubre durante el reinado de Pedro I, como todos los que este habitaba, veíase ahora risueño y animado: á los terribles ballesteros de maza, habia sucedido la elegante guardia de Enrique II *el dadivoso*; á las sombrías figuras de los escuderos de don Pedro, los hermosos pages y los gallardos donceles, algunos de los cuales llevaban su laúd para divertir los oidos de la hermosa reina, que se solazaba en estremo con sus trovas, ó para acallar el llanto del infante don Juan, niño de pocos años.

A través de los tapices mal corridos de los balcones, se dibujaba de cuando en cuando la esbelta y graciosa figura de una dama de honor, que pasaba al tocador de la reina: otras veces, un camarero atra-

vesaba los salones con una lámpara encendida en cada mano, despidiendo la brillante llama mil chispas, al reflejarse en el oro luciente del pebetero que la contenia.

Aquella noche habia gran recepcion en el alcázar. Enrique II recibia á todos los embajadores de las naciones aliadas, y á todos los enviados de las ciudades de sus reinos, que no habian podido aun felicitarle por su advenimiento al trono, á causa de su vida errante; además, él mismo habia aplazado esta ceremonia, para cuando se reuniese con su muy amada esposa doña Juana Manuel, bella y angélica criatura, que solo contaba 20 años de edad.

Tres dias despues de llegar la reina y el infante á Toledo, á donde habian ido desde Búrgos, se reunió con ellos don Enrique, dejando á Sevilla despues de convocar Córtes en aquella ciudad, y de hacerse reconocer por ellas.

En la tarde de que vamos hablando, hacíanse grandes preparativos en el alcázar: la audiencia estaba señalada para las nueve de la noche, y el salon de embajadores, quedó á las siete magnificamente decorado é iluminado.

Era el dia 4 de marzo: la luna clara y hermosa iluminaba los góticos torreones del alcázar, que se dibujaban en el empedrado pavimento.

A las ocho empezaron á llegar los cortesanos, prelados y ricos-hombres del reino, cada uno con lucido séquito de pages, donceles y escuderos; algu-

nos se detuvieron á las puertas del alcázar formando grupos, y entreteniéndose en varias conversaciones.

De súbito, un confuso rumor los hizo enmudecer, y bien pronto, no fué solo el oido el sentido que les quedó suspenso, porque fijaron todos sus ojos en el estraño espectáculo que se les presentaba.

A la luz de la luna divisaron á una mujer que corria, perseguida de cerca por una turba de muchachos: la infeliz llevaba los pies descalzos y ensangrentados, y cuando se aproximó á los nobles, todos ellos pudieron ver, que estaba flaca y pálida en estremo.

Los traviesos muchachos, la seguian cada vez mas de cerca, gritando descompasadamente:

—¡La loca...! ¡La loca...!

Por fin llegó la desdichada, á las puertas del alcázar: casi muerta de terror y de fatiga, fué á refugiarse en el grupo de ricos-hombres que tenia mas próximo, y dejándose caer de rodillas, gritó con voz lenta y sofocada:

—¡Tened piedad de mí...! me arrojan tantas piedras...! me lastiman tanto...! ¡van á matarme...!

—¿Quién es esta mujer? preguntó don Pedro Gonzalez de Mendoza, á don Garcia de Albornoz.

—No sé, contestó el interpelado: no la conozco... calle!... se ha desmayado, aquí, á nuestros pies.... ¡estamos bien por Dios!

—¿Cómo bien? vámonos y...

—¿Dejándola así?

—¡Pues no! ¿qué quereis hacer con ella?

—¡Pobre infeliz! murmuró don Pedro Gutierrez: veamos siquiera que cara tiene.

El caballero levantó la cabeza de aquella desgraciada, la apoyó en sus rodillas, y la luna iluminó de lleno el semblante que queria ver.

—¡Por Dios santo, que es el ángel mas hermoso que puede hallarse en la tierra! esclamó don Pedro, ¡Que cabellera tan sedosa, negra y rica! ¡Qué ojos, aun cerrados! ¡qué téz! qué facciones todas! Este divino rostro tiene un conjunto de sublimidad, sencillez y misterio, que yo no he visto jamás!

Bien hubiera podido seguir en sus alabanzas durante largo rato el caballero, sin que nadie le interumpiese: los cortesanos contemplaban absortos la soberana belleza de aquella jóven, á quien los muchachos llamaban *la loca*.

Parecia no pasar de esa dichosa edad en que el corazon vive solo de ilusiones: su trage de luto, era el de las villanas de Castilla, pero destrozado y hecho giras; sus piececitos que cabian en una sola mano de aquellos grandes señores, y que parecian formados de mármol de Carrara, estaban descalzos, y cruzados por sangrientos surcos: sus brazos y sus manos eran delgados en estremo, sin que por eso hubieran perdido sus suaves y hermosos contornos; sus largos cabellos negros, lucientes y rizados, estaban destrenzados, envolviéndola como en un manto de seda, y se veían

ñidos por una riquísima joya de estraña forma: era una diadema de tres hilos de gruesas perlas, abrazadas en medio por un joyel de diamantes de incalculable valor.

—¡Soberbia alhaja! dijo uno de los prelados: mirad que divino contraste hacen esas perlas, con el azabache de su cabellera.

Un movimiento de la jóven, fijó la atencion de todos; abrió los ojos, y dirigió en torno suyo, una mirada de asombro y de afliccion; levantando despues la cabeza, apartó los abundantes rizos que cubrian su frente, y observó medrosa, toda la estension de la plaza.

—¡No están ya...! Gracias á Dios que se han ido! murmuró, exhalando un suspiro de consuelo.

—¿A quién buscais, niña? preguntó don Garcia de Albornoz.

—Miraba señor, contestó con voz dulce y triste, si me esperaban aun aquellos muchachos que tanto me han maltratado.

—No los temais, ya los hemos hecho huir.

—¡Ah gracias, señores, gracias! esclamó ella cruzando las manos: ¡Dios os lo pague!

—¿De donde venís, niña?

—De Búrgos.

—¿Cómo os llamais?

—Berenguela.

—Berenguela de qué?

—Creo que no tengo apellido: á lo menos no lo conozco yo:

—¿Qué edad teneis?

—Diez y nueve años.

—¿Qué venis á hacer á Toledo?

—He venido á buscar á Florestan.

—¿Quién es Florestan?

—Un hombre que me amaba mucho, y á quien yo amo con toda mi alma.

—Para estar loca, dijo un obispo, habla con demasiado concierto.

—¡Loca! repitió Berenguela estremeciéndose: ¿verdad que no estoy loca, señor? ¡Oh decidme por Dios, decidme todos que no! ¡loca! ¡loca! mi madre aseguraba que lo estaba, y por no perder la razon á fuerza de oirselo decir, huí de Búrgos... y ahora en los tres dias que voy recorriendo todas las calles de Toledo en busca de Florestan, las gentes que me ven me llaman tambien la loca, me persiguen y me maltratan...!

—¡Pobre jóven! ¿y á donde os dijo Florestan que se iba?

—El se fué con el rey de Castilla cuando salió de Búrgos, hace trece meses: con el rey debe estar, y yo he oido decir, que S. A. está en Toledo. ¿Podeis, buenos señores, decirme donde vive?

—¿Quién?

—El rey.

—Aquí, dijo sonriendo y señalando al alcázar, uno de los cortesanos.

—¡Ah¡ pues entonces aquí encontraré Á Florestan! gritó Berenguela, precipitándose hácia la puerta, y penetrando en el primer pátio.

—¡Buena la habeis hecho, don Nuño! dijo Gonzalez de Mendoza: por culpa vuestra vá á armarse un escándalo en el alcázar.

—No la dejarán pasar, dijo otro noble, pero sigámosla de cerca: esa pobre niña me interesa.

Los nobles siguieron á Berenguela, y se detuvieron observando en el patio primero, donde en efecto, ya la habian detenido los primeros guardias del rey.

II.

Los cortesanos no quisieron avanzar, á fin de que su presencia no embarazase á los soldados.

—Se acabó; dijo uno al ver que el coloquio entre estos y la jóven se prolongaba; de ahí, no pasa.

No fué así, sin embargo: quitóse la doncella su riquísima diadema, y la mostró á los soldados diciendo algunas palabras; á la vista de aquella joya, se apartaron, abriéndola paso y pudo llegar hasta la suntuosa escalera, tapizada é iluminada.

Allí habia otra guardia: Berenguela presentó la diadema que conservaba en la mano, y pasó tam-

bien, llegando hasta el peristilo. Su talisman la abrió paso, igualmente por enmedio de los soldados, escuderos y pages que llenaban las galerias, y que la miraban asombrados.

En el momento en que Berenguela ponia el pié en la primera antecámara, el reloj del alcázar dió lentamente las nueve de la noche: el eco de los clarines y atabales que retumbó en los patios, se confundió con las últimas vibraciones de la campana, y anunció á los nobles que habian llegado las embajadas, y que estaba abierta la audiencia.

Consternados los cortesanos por haber faltado á la etiqueta, aceleraron su marcha y penetraron en la Cámara real, á fin de rodear el trono antes que llegasen los embajadores, que ya subian la escalera.

Berenguela los vió pasar uno á uno tranquilamente, y siguió en pos de ellos. abriéndola paso su corona de perlas.

Enrique II recibió á los cortesanos con su grata y benévola sonrisa, á pesar de su tardanza; estaba sentado en el solio, y vestia un riquísimo trage de ceremonia: su túnica de púrpura, larga hasta la garganta de sus pequeños pies calzados con borceguies de brocado bordados de oro, estaba bordada igualmente en su derredor de riquísima pedrería, y sujeta con un ceñidor de oro: llevaba el manto real prendido en el hombro derecho con un broche de diamantes, y su corona era de una riqueza deslumbradora.

Sentada junto á Enrique II estaba su esposa, vestida con un suntuoso trage de seda y oro, y recogidos sus rubios cabellos en una redecilla de corales, que remataba junto á la frente en una corona de oro y pedrería.

Ya que hemos hecho el retrato del rey cuando enamoraba á Berenguela bajo el fingido nombre de Florestan, digamos algo de la reina, de esa bella y virtuosa princesa, tan injustamente olvidada por casi todos los historiadores.

Llegaria apenas doña Juana á los 20 años: era de estatura mas bien baja que alta, y de formas delicadas y esbeltas; la pura y suave blancura de su semblante ovál, estaba animada por sus grandes ojos azules y límpidos que brillaban bajo los tendidos arcos de sus cejas pobladas, sedosas y de un hermoso color castaño ; sus cabellos, tambien castaños y abundantes, estaban peinados en gruesas trenzas, y se escapaban por debajo de la red en numerosos rizos: formaba su boca un arco de coral, y su nariz parecia robada al rostro de una estátua griega.

En su bella y simpática fisonomía, solo se descubria el sello de la mas dulce bondad, cuando estaba tranquila; no obstante, el orgullo, era la pasion dominante en el alma de aquella jóven, y al mas leve choque, chispeaban sus ojos, encendíanse sus megillas, y su frente se cubria de un subido carmin.

Sabia que don Enrique se habia casado con ella por razones de estado, una de las cuales fué el deseo de

procurarse el auxilio de su padre don Fernando Manuel, poderoso señor, que mas de una vez le libró de las asechanzas del rey su hermano, y aunque á la sazon, solamente contaba doña Juana doce años, no se escaparon á su perspicacia las miras del infante al unirse á ella.

La hija de don Fernando Manuel, retirada en uno de los castillos de su padre desde el dia de su casamiento, no pensó en su esposo durante los tres primeros años de su matrimonio: mas al cumplir quince, su orgullo de mujer y su dignidad de princesa se rebelaron, y escribió á don Enrique que queria reunirse á él. Sabido es, que al ir á donde su esposo la esperaba, cayó en manos del rey don Pedro, y que este la retuvo en su poder, hasta que uno de sus camareros se la robó, seducido por el oro de don Enrique, y la acompañó hasta Aragon, donde se hallaba el infante.

Poco tiempo despues, volvió á separarse de ella, por el nuevo giro que tomaron los negocios políticos. Doña Juana permaneció en la córte de Pedro IV *El del Puñal*, y en vano todos los magnates de Aragon rindieron un tributo de amor á su belleza: la condesa de Trastamara, que ya habia dado á luz al infante don Juan, se mantuvo fiel á su esposo, escudada por su austera virtud, no obstante su tierna edad, y permaneció en Zaragoza hasta la muerte de don Pedro I de Castilla: entonces marchó á Búrgos para asistir á la coronacion de su esposo, por rey de Castilla y de

Leon: mas aunque sospechaba todas las intrigas amorosas, en que tan fecunda fué la juventud de don Enrique, y aun llegó á saber algunas con certeza, no le habló á fuer de mujer orgullosa de ninguna de ellas, y siguió amándole, no con pasion, pero sí con el tranquilo cariño que siempre le habia profesado: además, nada sabia de los amores de Berenguela, que era realmente la única mujer, inclusa la suya, que habia logrado conmover hondamente el corazon del versátil Enrique II.

Perdónesenos esta digresion, necesaria para dar á conocer algun tanto á la reina de Castilla en el momento de presentarla á nuestros lectores, y volvamos á ocuparnos de la cámara real.

A la derecha del rey estaba en pié un rico-hombre, que tenia en los brazos al infante don Juan, vestido de gala.

No bien acababa de colocarse cada uno en el sitio marcado por la etiqueta, cuando se oyó á lo lejos un confuso murmullo, mezclado con voces de mujer. Era que la guardia de la antecámara no dejaba pasar á Berenguela.

Miráronse los cortesanos haciéndose señas de inteligencia; mas el rey, absorto en acariciar á su hijo, que reia á carcajadas, no se apercibió de ello. Divertíase el monarca en golpear con su cetro las tiernas mejillas de su hijo, y el frio contacto del oro redoblaba la risa del infante, en vez de hacerle llorar ...ría

se que el régio niño adivinaba que aquel juguete era el signo de su futura grandeza.

Pero al fin creció tanto el tumulto y se percibieron tan claros los sollozos de una mujer, que el rey levantó la cabeza, y doña Juana escuchó con atencion.

—Id á ver qué sucede, Hernandez, dijo don Enrique á un jóven, gentil-hómbre, que salió al instante.

Mas aun no habia tenido tiempo de llegar á la antecámara, cuando se oyó la severa voz de Alvar Perez de Guzman, capitan de guardias del rey.

—Yo os mando que la dejeis pasar, gritó con acento que no admitia réplica. Hace once meses que S. A. me dió terminantemente esa órden, y yo, ni olvido ni contravengo jamás las órdenes del rey.

El murmullo cesó, y un instante despues se precipitó Berenguela en la cámara real.

Venia la infeliz pálida y desmelenada: sus desnudos y heridos pies dejaban en pos de ella sangrientas huellas: sus delicadas muñecas estaban enrojecidas por los bruscos estrujones de los soldados, y su espalda, que pudiera servir de modelo para una Venus, estaba macerada y llena de manchas cárdenas, muestra clara de los golpes con que la habian maltratado: en su hombro izquierdo se veia una ancha y profunda herida, que por su forma particular atestiguaba haber sido hecha por una daga.

Solo el semblante se conservaba puro, hermoso, sublime: aquella criatura, arrojada asi en medio de aquella régia magnificencia, entre aquellos torrentes

de seda, luz y pedrería, parecia el ángel del dolor, enviado por Dios para advertir á los grandes de la tierra lo engañoso de los goces mundanos.

Berenguela llegó al centro del salon de embajadores y se detuvo allí, pero su hermoso rostro no se inmutó, ni dió muestra alguna de asombro; tendió su vista por toda la estancia, y dió algunos pasos mas hácia el grupo que rodeaba el trono, el cual estaba situado en el estremo de la cámara que daba frente á la puerta de entrada.

Entonces sus grandes y tristes ojos, se fijaron en el sólio, y en la persona que le ocupaba como el punto mas culminante; durante algunos momentos clavó sus miradas con indefinible afan en el rostro del monarca, que se habia puesto en pié al verla entrar, y por fin se dejó caer en sus brazos, gritando con un acento arrancado á lo mas íntimo de sus entrañas:

—¡¡Florestan...!!

Los nobles se miraron unos á otros, atónitos y consternados: habian adivinado quién era el amante de la desdichada niña y cual era la causa de su enagenacion mental: habian visto á la reina levantarse ante aquella aparicion, con los ojos espantados y su fisonomia descompuesta les presagiaba que pronto debia estallar el huracan que destrozaba su alma.

En cuanto al rey, la sorpresa le habia dejado inmóvil al ver entrar á Berenguela; mas al eco dulce

de aquella voz, un mundo de profundas sensaciones y de tiernísimos recuerdos se levantó en su alma, y abrió sus brazos á la doncella, que reclinó en el pecho del rey la abatida cabeza.

—¿A qué has venido aquí, pobre niña? murmuró don Enrique al oido de Berenguela.

—He venido á buscarte, Florestan... dijo la jóven con el acento débil, lento, y dulcísimo que le era peculiar, ¡te he esperado tanto tiempo...! y luego.... cuando perdí la esperanza de que volvieras, creí que enviarías á buscarme y torné á esperar con paciencia...; pero me sentia morir y he querido verte..... antes de dejar este mundo...!

Apenas se percibieron las últimas palabras de la doncella; su palidez se hizo mas intensa, y quedó inmóvil y yerta entre los brazos del rey.

—¡Don Garcia de Albornoz! gritó la reina dirigiéndose á su capitan de guardias: ¡Quitad de mi vista á esa mujer!

—¡Sus señorías, los enviados de la buena ciudad de Leon! anunciaron los camareros, levantando los tapices de la puerta, para dar paso á una brillante comitiva de arrogantes caballeros, con los blasones de Leon en las vestas.

—¿No me habeis oido, don García? repitió doña Juana, irguiéndose altanera al ver que el capitan permanecia inmóvil y que los embajadores de todos los paises que ya llenaban el salon, contemplaban suspensos el estraño espectáculo que ofrecia aquella

mendiga en los brazos del rey. ¡De órden mia detened presa á esa mujer...!

Adelantose don García con inseguro paso hasta las gradas del trono, y esperó á que el rey la entregase á Berenguela.

—¡Atrás! seor capitan! gritó con imperiosa voz un caballero leonés que salió del grupo de los enviados. ¡Paso al conde de Carrion! nadie mas que él puede guardar á la infanta de Castilla!

¡La infanta de Castilla! repitió la reina con temblorosa voz, y dejándose caer en su asiento.

Entonces aprovechándose el conde del asombro que esta revelacion produjo en el rey, tomó á Berenguela en sus brazos, y atravesó con ella el salon, por enmedio de la asombrada multitud.

III.

Eran las doce de la noche en que Enrique II habia recibido á los embajadores de las naciones aliadas; la luna que habia alumbrado la entrada de las comitivas en el alcázar, se habia ocultado ya, y únicamente un sucio farolillo que ardia ante una imágen del crucificado, daba alguna claridad á la plaza en que estaba situado el régio edificio.

Acababa de sonar la hora de las apariciones cuando se abrió cautelosamente la puerta del alcá-

zar, y dos hombres salieron á la calle, cerrándose inmediatamente la morada de los reyes.

Uno de aquellos hombres, era el mismo Florestan, que algunos meses antes vimos salir del alcázar de Búrgos en una helada tarde de invierno, y dirigirse á casa de la señora Urraca para ver á Berenguela. Llevaba el mismo modesto trage gris, y el mismo ancho manto negro que aquel dia lo cubria; solo su cabeza estaba resguardada esta noche por un sombrero de anchas alas.

El otro era un personaje de elevada y robusta estatura, bigotes canos, y altanero semblante; llevaba un manto gris, una gorra sin pluma, y una larga espada pendiente de un ancho talabarte.

—¿Nos abrirán, Nuño? preguntó don Enrique á su acompañante.

—Espero que sí, señor, contestó el interpelado; llamaré yo, y creo que el conde de Carrion nos recibirá, á pesar de que siempre nos hemos odiado recíprocamente.

—¡Por Dios, que si no aclaro pronto este misterio, voy á volverme loco, Sandoval! esclamó el rey con doloroso acento.

—Yo ayudaré á V. A., señor: segun mi pobre inteligencia, no hay aqui misterio alguno: el ambicioso don Alvaro, que reinó absolutamente en el ánimo de vuestro padre, brama ahora de furor, por que no domina del mismo modo á su hijo; pero su rabia no le ofusca hasta el estremo de impedirle

urdir alguna trama que le conquiste el puesto que ambiciona.

—Sin embargo, Nuño, el conde era el mejor amigo de mi padre, y tiene dadas pruebas de que no es ambicioso, como tú le llamas; cuando murió don Alonso, en vez de hacerse partidario de don Pedro para medrar, vino á mis tercios, y defendió bravamente mi causa, aunque yo pobre y errante, nada podia darle: mas de una vez, he tenido que recurrir á sus rentas en medio de mi escasez, y su bolsillo y su vida han sido siempre del bastardo desvalido.

—Es que adivinaba que el infante errante y perseguido, seria antes de mucho el poderoso rey de Castilla y de Leon, dijo el pérfido Sandoval, evitando con una astucia llena de delicadeza, el repetir á don Enrique el título de bastardo con que él mismo acababa de nombrarse.

El débil monarca, guardó silencio algunos instantes, convencido á medias por las traidoras razones que empleaba en daño del conde de Carrion, su actual privado don Nuño de Sandoval.

—¿Qué podia inducirle á tal creencia? dijo al fin. ¿Cómo podria preveer don Alvaro, que llegaria á ser mio el trono de mi padre?

—El conde de Carrion, señor, ha estado siempre demasiado bien informado de cuanto pasa en el reino para que le fuese desconocido el ódio que todo él profesaba al cruel y sanguinario don Pedro; y su buen juicio le decia que tarde ó temprano, este ódio

acabaria por derribar del trono á vuestro hermano.

—¿Luego concedes talento al menos, al conde de Carrion?

—Le concedo tanto, señor, que os encargo con todas las veras de mi alma que esteis muy sobre aviso, y que no cedais un punto ante él.

—En efecto, murmuró el rey; si hay trama aquí, debe ser colosal, porque no se toma en boca como quiera la sangre real de Castilla.

El silencio no volvió á interrumpirse, hasta que ambos personages llegaron á una casa de gran apariencia, situada cerca de la plaza mayor.

—Aquí es, señor, dijo don Nuño deteniéndose y preparándose á llamar: esta casa tiene todas las señas que me ha dado el escudero de don Alvaro.

—Llama pues, y ya sabes lo demás.

Sandoval sacudió fuertemente el aldabon, y á poco, una voz vigorosa preguntó desde adentro.

—¿Quién vá?

—Dos caballeros que desean ver al conde de Carrion para un asunto muy importante, contestó don Nuño.

Notóse que se alejaba la persona que habiá preguntado, y un instante despues volvieron á sentirse pasos próximos: la puerta se abrió, y dos escuderos precedieron con bugías á don Enrique y su privado, hasta la estancia del conde.

Este se levantó cortesmente para recibir á su visita, y á una seña suya, desaparecieron los servidores.

El rey se despojó del manto y del sombrero, imitándole don Nuño, y ambos mostraron sus fisonomías al conde.

—¡Ah señor! esclamó este, ¡cuán grande merced me hace V. A. dignándose honrar mi casa!

—Esta honra, no debe ser nueva para tí, Alvaro, porque sabes que te la he concedido muchas veces, dijo el rey con dulce gravedad: además, el caso que ahora motiva mi visita, es harto importante tambien, y yo hubiera dejado á un lado toda clase de consideraciones, aun cuando no te amase como te amo.

—Ya se yó que en otro tiempo, me amaba mucho V. A., dijo el conde con ternura, y fijando en los del rey, sus ojos humedecidos.

—Hoy te amo lo mismo, Alvaro, creéme: tu quebrantada salud, te impidió permacer á mi lado, pero hoy que la creo recobrada, vengo á rogarte que vuelvas á él.

La frente de Sandoval, se enrogeció de ira, en tanto que la don Alvaro brilló con un rayo de dicha.

—¡No volverá á ocupar sitio tan alto, por quien yo soy! murmuró el primero.

—¡Dios os bendiga señor! esclamó el segundo con toda la efusion de su alma.

—Pero antes, Alvaro, continuó el rey, antes es preciso que me aclares un terrible misterio que en vano me afano en comprender. ¿Dónde está esa jó-

ven que sacaste desmayada de mi alcázar esta noche?

—Cerca de nosotros, señor.

—¿Por qué? la diste el título de infanta de Castilla?

—Permítame V. A. dijo el conde, que no le conteste hasta que estemos solos.

Y su severa mirada se posó en don Nuño, que la sostuvo con altaneria.

—¿Porqué, preguntó el monarca, en cuyos ojos chispeaba ya la ira.

—Por razones que luego aprobará V. A.

—Salid, Sandoval, dijo el rey á su favorito que se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

—La jóven á quien esta noche dí el título de infanta de Castilla, lo es efectivamente, señor, dijo el conde asi que la puerta se hubo cerrado, y despues de asegurarse por sí mismo de que don Nuño, no podia oirle. Es hija como V. A. de don Alonso XI, y de doña Leonor de Guzman.

—¡Mientes, miserable! gritó el rey, levantándose con los puños crispados, y los ojos brillantes de furor, al oir las terribles palabras que acababa de proferir el conde. ¡Mientes, si, y tu solo designio es apartar de mí á esa mujer que te juro ha de ser mia!

—Berenguela es hermana de V. A., señor, y por la memoria de su padre os juro yo tambien, que jamás será vuestra manceba.

El rey y el anciano conde se encontraron en pié, frente á frente, en actitud amenazadora, y lanzándose miradas iracundas.

—¡Pruebas de lo que dices! murmuró don Enrique con voz sofocada.

—Ninguna existe: vuestro padre me confió la infanta, fiando solo en mi honradez.

—¿Quieres hacerme creer que un padre abandona á su hija, sin darle ninguna seguridad para el porvenir?

—Don Alonso no abandonó á su hija, confiándola á mi cuidado.

—Escúchame, Alvaro, dijo el rey, haciendo un violento esfuerzo para serenarse: basta lo que has dicho, para que yo desista del propósito de hacer mia á esa jóven; basta, sí, el haberte oido decir que era hermana mia, para cambiar la naturaleza de mi pasion... Pero nada hay en el mundo capaz de apagarlo. Ella es la única mujer que ha hecho latir mi corazon... la única que ha despertado mis pasiones dormidas... Cuando la encontré en mi camino, ya estaba próximo á desistir del propósito de apoderarme de trono de mi hermano, porque ningun monarca cristiano queria ayudarme en mi empresa; pues bien, por esa mujer doblegué mi altivez, hasta pedir auxilio á la Francia; por esa mujer, sin dinero, y casi sin soldados, me propuse ser rey: si, por ornar su frente de grandeza, ambicioné el trono de Castilla, y para conseguirlo, hundí mi daga en el pecho de mi

hermano. Por ella he arrostrado los remordimientos, que sin cesar me persiguen, y estos remordimientos, Alvaro... ¡solo en su presencia, se aduermen ó sé acallan...!

—¡Desdichado! murmuró el conde de Carrion, cubriéndose el semblante con las manos.

—Si, tienes razon, Alvaro, soy muy desdichado: no intentes pues quitarme el único bien que me resta.... Dame esa mujer, Alvaro, dámela; yo te juro, que aunque no creo que es hermana mia, la respetaré como á la madre de Dios: ni aun mi mano tocará á la suya... Solo quiero que viva bajo el mismo techo que yo; tan solo ansio hablarla todos los dias, ver cerrar sus párpados al sueño, verla despertar...! beber en sus ojos la vida, y en su dulce sonrisa, la tranquilidad que falta á mi conciencia... ¡Alvaro, Alvaro...! yo necesito á esa mujer...!

—Yo no puedo dárosla, señor.

—¡Vive Dios!...

—Es vuestra hermana.

—¿Quién me lo asegura?

—Mi palabra de cristiano y caballero.

—¡No me basta! gritó el rey ébrio de furor! ¡no me basta, villano, por que tu ambicion actual, ha ahogado tu antigua hidalguia...!

—¡¡Ah...!! esclamó el conde, llevando ambas manos al corazon, como si hubiera recibido en él un golpe mortal. Y el infeliz anciano rompió á llorar amargamente.

Mas el rey no pudo reparar en el efecto que su cruél injuria habia producido: furioso como el leon encerrado en una jaula, daba vueltas por la estancia lanzando sonidos inarticulados.

—¡Berenguela! gritó al fin, ¡Berenguela...! ¿donde estás que no oyes mi voz..?

Y arrojándose casi falto de razon á la puerta de la estancia, la abrió impetuosamente, y echó á correr por las largas galerias llamando á la infanta con voces descompasadas.

—¡Teneos...! gritó el conde que le seguia de lejos, y que le vio pararse junto á una puerta cerrada, que ocupaba el estremo de una galería. Pero era tarde: la puerta sacudida por el frenético Enrique, se abrió de par en par, presentando á la vista el aposento de la infanta.

—¡Hola, Sandovál! ¡mis ballesteros aqui!, gritó el rey antes de penetrar en la estancia.

Don Nuño salió de otro aposento cercano, atravesó la galería, y desapareció en la escalera, alumbrada por teas de resina.

IV.

Dormia la infanta tan profundamente, que no oyó entrar al rey, ni á don Alvaro: su lecho virginal, blanco como las paredes y el pavimento de su dormitorio, estaba debilmente alumbrado por una lám-

para de plata; su negra cabellera recogida en dos gruesas trenzas, hacia inclinar hácia atrás su cabeza; pálido como un busto de mármol estaba su semblante, y solo animado por la riquísima y poblada franja de sus largas pestañas negras; su maltratada espalda y sus magullados brazos, estaban modestamente velados por una almilla de finísima tela, al través de la cual se divisaba el vendaje que cubria su hombro herido: veíase en su semblante el sello de un sufrimiento desgarrador, y estaba tan descolorida como la triple diadema de perlas que ceñia su frente.

Don Sancho velaba recostado en un sitial, que habia á la puerta del oratorio, y medio oculto entre los tapices: el hermoso rostro del infante estaba horriblemente pálido, diríase que en el corto tiempo que habia pasado desde la revelacion de su nacimiento habia vivido una larga existencia de dolor y de pesares.

Ya no tenian brillo sus grandes ojos, ni color su seductora boca: fruncidas sus cejas convulsivamente, formaban una ancha cinta de terciopelo, y hacian mas amarga su desoladora mirada.

Al ver á don Enrique, que se precipitó impetuosamente en la estancia, se levantó, y su hermosa fisonomia se animó con una terrible espresion de ira; temblaron sus labios y aumentó su intensa palidez: pero no dió un paso para acercarse al rey, y permaneció silencioso é inmóvil.

No así el conde, que fué á situarse junto al lecho

de la infanta, en actitud amenazadora: esta habia hecho un movimiento, sin despertar de su letárgico y doloroso sueño.

En cuanto al rey, detúvose atónito al ver á don Sancho, porque estaba muy lejos de esperar encontrarle en aquel sitio; creíalo en Búrgos en el palacio de su padre, porque para él, todavia era don Fernando Garcés hijo del conde de Carrion.

Su sorpresa pues, al encontrarle allí fué tan viva, que solo se disipó algun tanto cuando el aguijon de los celos hirió su corazon: su mente se iluminó súbitamente, y el amor de aquel jóven por Berenguela fué tan claro para él como el motivo que movia á don Alvaro á disputarle la posesion de la doncella: á su modo de ver, el conde la guardaba para su hijo único y querido, para aquel hijo á quien sabia que amaba con tan entrañable pasion que no pocas veces se habia admirado de afeccion tan fuerte, no obstante la que él mismo habia debido á su padre, el buen Alonso XI, de quien era el hijo predilecto.

En su terrible obcecacion, vió tambien el motivo de que el anciano conde hubiera imaginado la impostura de asegurar que Berenguela era su hermana; aquel hombre que habia sido el hermano de armas, el confidente, y el mejor amigo del rey su padre; que habia sido casi un igual de los infantes bastardos por haber crecido estos á su lado, y haberlos tenido siempre encomendados á su guarda, queria, valiéndo-

se de su omnímoda influencia, robar al corazon de Enrique á aquella jóven, para satisfacer el corazon de su hijo: y para satisfacer al mismo tiempo su orgullosa ambicion, habia imaginado hacerle creer que era hermana suya, á fin de que la dotase régiamente, y de que los reinos de Castilla y de Leon supiesen que el jóven conde de Carrion se enlazaba á una infanta real.

El alma de Enrique II era noble, aunque su corazon (siempre ligero é inconsecuente) estuviese á la sazon estraviado por la profunda pasion que profesaba á Berenguela; el tegido de infamias que creyó columbrar, iluminado ya de antemano por las pérfidas sugestiones de Sandoval, el recuerdo punzante del escándalo ocasionado aquella noche por el conde, al publicar ante los embajadores su odiosa impostura, y la ruin ingratitud á la sagrada memoria de su padre, que patentizaba la conducta de don Alvaro, todas estas consideraciones en fin, exaltaron mas el ánimo del rey, ya furiosamente irritado, y levantaron en su alma un huracan tan horrible, que forzosamente debia arrollar cuanto se le pusiera delante.

—¿Qué haceis aquí, Fernando? gritó deteniéndose en frente del jóven que le contestó solo con una mirada de amargo desden.

—Responded á vuestro rey, villano, esclamó don Enrique poniendo mano á la espada.

—Ya lo veis, contestó friamente el infante: guardar á Berenguela.

Al oir aquel nombre, precipitóse el rey en el dormitorio: la jóven habia despertado al ruido de sus voces, pero incapaz de sentarse en el lecho á causa del lastimoso estado en que la habian puesto sus pasados sufrimientos, se incorporaba sobre un brazo al entrar don Enrique en el dormitorio.

—¡Ah.... ya sabia yo que vendrias, Florestán!... esclamó mientras el rey la abrazaba con indecible frenesí.

—Mira, continuó, ese hombre fué el que me sacó de tu casa, y me trajo aquí.... ¿por qué me separó de tu lado?

—Nadie volverá ya á separarte de él, Berenguela mia.

—¿No me engañas? ¿verdad que seré siempre tuya, solo tuya? porque yo no tenia mas que á mi madre, y la abandoné por tí.... llévame, llévame contigo, Florestán....

De repente, como herida por un estraño pensamiento, se echó hácia atrás, y clavó sus grandes y ardientes ojos, en los ojos del rey.

—¿Por qué llevabas ayer un manto de púrpura? preguntó: ¿por qué te ví en la cabeza una corona de oro.... y estabas sentado en aquel estrado, y por qué habia una hermosa jóven de largos rizos rubios, sentada junto á tí?

—Por que este hombre, dijo el conde con voz

ronca, es Enrique II, rey de Castilla, y aquella jóven que vísteis, es su esposa.

El rey no pensó siquiera en mostrar cólera al anciano, por su terrible revelacion: con los ojos clavados en el rostro de Berenguela, espiaba ansioso el efecto que aquellas palabras producian.

Mas la infanta no tembló, ni su palidez tomó aumento: sus ojos, tristes y radiantes de fiebre, no se empañaron con una lágrima, ni separó sus brazos del cuello del monarca.

—¡Con que te llamas Enrique! dijo sin que se notase alteracion en el eco dulce de su voz: ¿y eres rey? ¿y tienes esposa á quien amar?... pero.... ¿qué importa?... yo solo pido que me dejes amarte, como amamos al sol, que nos ilumina, sin que él nos lo agradezca ni lo sepa siquiera.... tú quiérela á ella mucho, Enrique, porque dicen que es una gran falta, el que un esposo no ame á su esposa, y yo no quiero que cometas faltas por culpa mia.... solo con verte seré muy feliz, porque lejos de tí me moriria!

—¿Me perdonas, amor mio, que sea rey y te lo haya ocultado?

—¿Qué es un rey? preguntó ella posando sus manos en los hombros de don Enrique, y clavándole cándidadamente los ojos.

—Un rey es un desdichado, á quien está vedada toda ventura; un rey es un hombre á quien casan sin amor, á quien aprisionan, á quien rodean mil

ingratos, á quien privan de toda libertad: un rey, es el sér mas infeliz que existe.

—Pues yo te amaré mas ahora que sé que eres rey: en cuanto al nombre, ¿qué me importa que te llames Florestan ó Enrique?

—¡Ea, atrás ya, rey de Castilla! gritó don Sancho, desenvainando su espada, ciego de furor y poniéndose delante de don Enrique. ¡Paso al infante don Sancho, que guarda la hermana que vos quereis infamar... Atrás os digo, ó envaino mi espada en vuestro ruin corazon!

—¡Viven los cielos, canalla infame, ¿hasta cuándo vais á sacar ramas del tronco soberano? ¿Pensais que así se toma en boca mi sangre? rugió el rey cerrando contra el infante, que paró el golpe con el brazo recibiendo en él una profunda herida. El noble jóven se horrorizó ante la idea de herir al rey, y no hizo otra cosa que defenderse harto débilmente.

Un segundo golpe de don Enrique, le hizo caer exánime; la espada habia entrado por el costado izquierdo, y un raudal de sangre saltó hasta el pecho del monarca.

Este retrocedió espantado hasta la puerta: mas solo un momento le bastó para recobrarse, y abriéndola gritó:

—¡Ah de mi guardia!

Don Nuño de Sandoval asomó por la galería á la cabeza de cien ballesteros, y bien pronto se encontraron cerca del rey.

—Rodead ese dormitorio con diez soldados, Nuño; dijo don Enrique señalando el camarin en que yacia Berenguela rendida á un mortal desmayo, desde que don Sancho desnudó la espada.

—¡Atrás, canalla! gritó el conde apareciendo entre los tapices con la espada en la mano. ¡Solo pasando por encima de mi cadáver, llegarás hasta esa mujer!

—¡No le mateis! esclamó el rey: desarmadle, y llevadle maniatado á los calabozos de mi alcázar.

Mas el valeroso anciano blandió su espada, resuelto á perder la vida antes que consentir que llegasen al dormitorio: durante algun tiempo, se defendió como un leon furioso, mas al fin le derribó un golpe de maza que recibió en la cabeza de mano de un soldado. Cuando intentó levantarse, estaba desarmado y maniatado fuertemente.

—Conde de Carrion, dijo el rey con voz lenta. Todos tus bienes quedan desde este momento confiscados, y sujetos á mi corona, por lo que esta casa me pertenece ya: al amanecer serán rotos tus blasones por la mano del verdugo, y á las doce te cortará la cabeza, por traidor y rebelde á tu rey.

—Y yo te juro, rey de Castilla y de Leon, á quien tantas veces mecí en mis brazos, que no conseguirás deshonrar á tu hermana, repuso el conde con acento firme

—¡Llevadle! gritó el rey.

Don Alvaro salió entre un buen número de sol-

dados que le rodearon con sus largas alabardas.

—En cuanto á ese jóven, Nuño, continuó el rey, señalando el cuerpo inmóvil de don Sancho, hazle conducir á una habitacion desocupada de mi alcázar, haz llamar inmediatamente á mi médico para que le asista, y que le guarden con cuidado. Tú rodea esta casa de una buena guardia, y quédate al lado de esa jóven, teniendo presente que me respondes de ella con tu cabeza.

El rey salió dicho esto, escoltado por algunos soldados, y se dirigió al alcázar al tiempo que el reloj de la catedral daba las dos de la mañana.

V.

Don Enrique al llegar al alcázar, se encerró en sus habitaciones, al mismo tiempo que la reina se hacia vestir por sus damas, siéndola imposible conciliar el sueño; la escena que habia presenciado en el salon de Embajadores habia impresionado fuertemente su ánimo, y afligido su corazon, por mas que su amor al rey no tuviese el carácter de una pasion acendrada.

Arrodillóse pues en su reclinatorio, y se puso á rezar las oraciones de la mañana, segura de conseguir alguna calma para su agitado espíritu; su orgullo era

lo que mas padecia, y todo orgullo se depone á los pies del monarca de los cielos.

Sus damas arreglaron las luces, pusieron en órden algunos objetos, é iban á salir silenciosamente para no turbarla: mas al abrir la puerta de la cámara se oyó una voz en la galeria esterior que llamaba á la reina.

Doña Juana se levantó y escuchó atentamente, haciendo una señal á sus damas para que se detuvieran: todas permanecieron inmóviles en el umbral de la régia cámara, y solo la reyna salió hasta la puerta que daba á la galería.

Algunos soldados avanzaban por ella, rodeando un grupo formado por cuatro de ellos, que conducian á un caballero herido al parecer, porque un reguero de sangre iba marcando su camino: el desdichado, se retorcia entre sus brazos, y gritaba con voz desfallecida y congojosa.

—¡La reina...! ¡quiero ver á la reina...! ¡Llevadme á su cámara, por Dios!

—Vamos al torreon de la derecha, dijo el que parecia que los mandaba, sin hacer caso de las súplicas del herido, que es donde me ha dicho don Nuño que depositemos á este loco.

Y luego añadió dirigiéndose al herido.

—Os prevengo que si no callais, voy á poneros una mordaza; la reina duerme, y aunque no fuera asi, tampoco consentiria en veros á tales horas.

—¿Qué quereis á la reina, pobre jóven? dijo doña

Juana dejando el umbral de la antecámara, y adelantándose hácia el herido ; aquí está para consolaros.

Y dirigiéndose á los ballesteros continuó:

—Id al torreon y colocadle en un lecho, que ya os sigo.

Los soldados prosiguieron su camino, á través de las anchas galerias, mal alumbradas por alguna que otra lámpara, y la reina volvió á su aposento. Echó sobre su blanco trage un largo manto de seda azul recamado de oro, y despues de mandar á sus damas que la esperasen hasta su vuelta, se dirigió sola al torreon.

Doña Juana pensaba encontrar alivio al dolor que la afligia, en la buena accion que iba á practicar: era noble, sincera y piadosa hasta el estremo; viviendo sin otro amor que el de sus hijos, porque ya hemos dicho que no amaba al rey, solo aquel tiernísimo afecto podia libertar á su corazon apasionado de sentir un gran vacio: aquella jóven dotada de un talento distinguido, de una colosal imaginacion, y de una sensibilidad esquisita, pasaba la primavera de su vida haciendo castillos en el aire, ó entregándose á peligrosos ensueños, que hacian mas amargo su despertar.

Sin embargo, todavia se consideraba feliz, porque su orgullo, ese noble sentimiento que bien entendido, y conducido con tacto es el origen de todo lo bueno, no habia sido lastimado: los amores del rey, habian

estado rodeados siempre de cierto pudor, y velados á veces por un profundo misterio. Don Enrique hasta que vió á Berenguela, la habia profesado el afecto mas tierno, afecto que ni aun despues se desmintió un solo instante.

Pero entonces el corazon de la reina estaba profundamente herido: la desoladora escena que habia presenciado aquella misma noche, habia dejado en él una huella que no podia borrarse jamás.

Al llegar doña Juana al estremo de la galería que comunicaba con la escalera, oyó en el patio rumor de armas; asomóse á una ventana, y vió entre un gran número de soldados, á un caballero anciano que creyó reconocer: en aquel momento, uno de los que le conducian abrió una puerta por la que salió una bocanada de aire que hizo oscilar la luz fúnebre de las teas que llevaban los soldados.

—¡Oh Dios mio! esclamó la jóven reina juntando las manos. ¡Van á sepultar á ese infeliz en una prision...! ¿Cuál será su delito?

Y volvió á aproximarse á la ventana: pero ya no pudo ver mas que la espalda del preso, que desaparecia por la tortuosa escalera seguido de los soldados.

Doña Juana murmuró una corta oracion á la madre de Dios, para que tuviese piedad de aquel desgraciado, y siguió su camino transida de horror.

Al llegar á la cámara del herido, la vió guardada por muchos soldados que la hicieron los honores

mirándose sorprendidos de ver á la reina sola á tales horas.

Doña Juana penetró en la estancia fria y húmeda, débilmente alumbrada por una lámpara de bronce: acercóse al lecho, y descorrió los tapices, sentándose á la cabecera.

—¡Despejad! dijo despues á los centinelas que habia en los cuatro ángulos del aposento.

—Señora, se aventuró á decir uno: V. A. ignora sin duda que el rey nos ha dado órden de no perder de vista á su señoria el señor conde.

—¡Despejad, os digo! y si el rey os reconviene, respondedle que la reina os ordenó dejarla sola con el preso.

Los soldados obedecieron, y la jóven se volvió al herido.

—¿Qué quereis de mí, conde? dijo con dulce voz.

—Señora... balbuceó el infante al que ya faltaba la vista y el aliento: señora... en una prision del alcazar... debe haber... si; debe haber un hombre preso... un anciano....

—¡Si... si lo hay! haced un esfuerzo, conde, esclamó la reina: ¿ese hombre es vuestro padre?

—¡No... no, señora... mi padre... no...! es aquel que esta noche... en la audiencia...

—¡Ah! esclamó la reina, dándose una palmada en la frente: ¡ahora recuerdo! sí, si; ese preso es el que se llevó á aquella mujer desmayada...!

—¡Sí, ese... mismo, señora... corred á verle...

por Dios... abridle la prision para que salve á mi hermana... á mi hermana que el rey quiere deshon...

La voz del infante espiró en sus lábios: su cabeza cayó yerta y lívida sobre los almohadones, y sus ojos quedaron abiertos y sin luz.

—¡Ha muerto! socorro! socorro! gritó la reina mas pálida que el herido, precipitándose hácia la puerta al mismo tiempo que esta se abria para dar paso al médico del rey.

—¡Ha muerto, don Mendo, ha muerto,! repitió juntando las manos.

Aproximóse al lecho el médico y puso las suyas en el pecho del herido.

—Vive, señora, dijo y tal vez sus heridas no sean mortales: pero necesito reconocerlas al momento.

La reina fijó la intensa mirada de sus grandes ojos azules, en el hermoso rostro de don Sancho, y se envolvió en su manto.

—Si le salvais, don Mendo os haré pesar en oro: dijo al salir.

Inclinóse el médico sin contestar, y la reina salió del aposento.

—Id á decir al capitan de ballesteros que le aguardo en mi cámara, dijo al pasar por delante de los soldados.

Dos de ellos salieron presurosos, y la reina se dirigió á sus habitaciones, llegando casi al mismo tiempo que ella el capitan.

—¿Teneis las llaves de las prisiones de don García? preguntó doña Juana.

—Sí, señora.

—De órden del rey, venid á abrirme la que acaba de ocuparse.

Salió el capitan y poco despues volvió á buscar á la reina: una escolta de diez ballesteros les esperaba á la puerta, y bajaron inmediatamente la escalera.

—Esperadme aqui fuera, don García, dijo la reina abierta ya la puerta del calabozo, y quedad todos al alcance de mi voz.

—¿Pues qué, señora, va á quedar sola V. A. con un reo, condenado á sufrir la última pena dentro de algunas horas?

—Sí.

—¡Oh, por Dios, señora mia, esclamó el leal capitan con acento suplicante: por Dios no haga V. A. tal cosa.

—No temais por mí, don García, dijo la reina con dulce sonrisa; nada debemos temer cuando ejecutamos una buena accion.

Doña Juana entró en el calabozo, y cerró tras sí la puerta.

VI.

Una pequeña lámpara de hierro daba á la prision

una débil claridad, mas fúnebre y aterradora que la oscuridad mas completa: las columnas de piedra que sostenian la bóveda asemejábanse á otros tantos colosales fantasmas de negras y horribles formas; la ténue luz estaba colocada ante una imágen del Crucificado fija en la pared y al alcance de la vista de don Alvaro, y una pequeña mesa, situada debajo y cubierta con un paño blanco, indicaba que en breve iba á recibir el preso los sagrados sacramentos de la confesion y comunion.

El valeroso conde estaba sentado en un escaño de madera, único asiento que allí habia, y fuertemente maniatado; sus manos sujetas con gruesos cordeles no podian moverse; y su cana y venerable cabeza, abierta por la maza del feroz soldado, estaba vendada con un paño blanco, que salpicaban anchas gotás de sangre.

Absorto en amargas meditaciones, ó tal vez orando, ni siquiera se apercibió de la entrada de la reina; su cabeza permaneció inclinada sobre el pecho, y sus ojos fijos é inmóviles.

Doña Juana se adelantó silenciosamente: al ver á aquel anciano venerable, conmovióse hondamente su jóven y tierno corazon, y el llanto se agolpó á sus ojos.

—¡Señor! dijo con tanto respeto que era imposible reconocer en su acento la voz de la mujer altiva que pocas horas antes habia mandado quitar á la infanta de su presencia.

El anciano levantó la cabeza, y se puso en pié, reconociendola al momento.

—¡V. A. aquí! dijo cediendo á la reina el grosero asiento que acababa de dejar con la misma grave cortesia que si estuviera en uno de los salones de su magnífico palacio.

—Vengo de parte de... de un jóven, que han traido al alcázar hace media hora mal herido y en calidad de preso, dijo la reina aceptando el asiento, porque sentia que no podia sostenerse.

—¡De parte del infante! esclamó don Alvaro con indecible alegria. ¡Con que vive!

—¡Del infante! repitió la reina llevándose ambas manos á la frente, porque sentia desvanecerse su cabeza con tantas emociones. Pero, ¡Dios mio! ¿quiénes son esos infantes, á quienes yo no conozco, y quién sois vos?

—Yo, señora, soy don Alvaro Garcés, conde de Carrion, y el segundo padre de los dos jóvenes que habeis visto esta noche, herido y preso el uno, y la otra maltratada y casi demente: en cuanto á ellos, son hermanos de don Enrique.

—¡Hermanos de mi esposo...!

—¡Sí, repitió el anciano, cuya calva frente se enrojeció de ira: hermanos de don Enrique; hijos como él de Alonso XI, y de Leonor de Guzman! Hermanos desdichados, á quienes no quiere reconocer..! Dos infelices criaturas que han vivido bajo mi amparo, para que pierdan la vida el uno, y la otra además

la honra, que es mil veces peor! ¡Honra y vidas, que con tantos afanes conservé! ¡Es posible que habeis de perecer ahora por ese ingrato á quien tanto he amado, y por quien derramé mi sangre en cien combates!

—¿No sabe el rey que son sus hermanos?

—No quiere creerlo, señora, porque hasta hoy no lo habia sospechado siquiera, y porque yo no tengo otra seguridad que darle que mi palabra.

—¡Oh, que horrible misterio! murmuró la reina pasando sus manos por la abrasada frente; y luego añadió en voz alta:

—¿Dónde conoció á su hermana?

—En Burgos, y desde entonces la amó con locura.

—¿Y á su hermano?

—Don Sancho pasaba por don Fernando Garcés, mi hijo.

—¿Dónde está la infanta?

—En la que fué mi casa, que ahora está guardada por los soldados del rey.

—¿Luego esa desdichada, dijo la reina con espanto, está en poder de don Enrique?

—¡Sí! esclamó el conde, retorciendo con delirante dolor, sus manos atadas: ¡si, está en poder de don Enrique, sin que nadie mas que yo pueda librarla de él! y yo... yo estoy aqui atado... yo voy á morir dentro de pocas horas... ¡Oh si yo pudiese abandonar durante algunos instantes esta prision...!

—¿Pero qué podriais hacer, desdichado anciano? repuso doña Juana, por cuyas blancas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—¡Oh, yo tengo medios para salvarla, si pudiese llegar hasta ella! esclamó el conde con tanta confianza, que la jóven reina se levantó involuntariamente.

—!Oh! murmuró: si ella quisiera seguirnos, yo la salvaria tambien, como á mi querida hermana, y la haria feliz! Y luego añadió como asaltada por una idea repentina:

—¿Vamos á verla, conde?

—¡A verla! ¿Olvida V. A. que va á amanecer, y que dentro de algunos instantes vendrá á buscarme el confesor?

—No, todavia no: tenemos aun hora y media... mirad, añadió, mirad, esa puerta de tablas desunidas... debe comunicar con una escalera que dá al jardin... una vez allí, la salida es segura, porque yo tengo una llave... vamos, vamos á salvar á esa desdichada.

Y la reina se quitó su toca de encajes, que retorció haciéndola una mecha, y humedeciéndola en el aceite de la lámpara; luego la encendió y se arrodilló á los pies del conde, prendiendo fuego á la gruesa cuerda, que los sugetaba, y que sus delicadas manos, jamás hubieran podido desatar.

Cuando los pies del anciano quedaron libres, hizo

lo mismo con las manos, sirviéndole de mecha, la cuerda que acababa de romper.

—Ea, dijo apartando de su frente los profusos bucles de su rubia cabellera, que habia quedado libre de toda sujecion, y echando sobre los hombros su recamado manto: vamos, conde; vos que teneis mucha fuerza, quitad uno de esos tablones... no perdamos tiempo.

—¡Bendito seas, ángel de Dios! esclamó don Alvaro, besando las manos de la reina.

—¿Podremos convencerla para que nos siga, conde?

—¡Oh, si nos dejan llegar hasta ella, os juro que la salvaré! dijo el anciano, al mismo tiempo que echaba abajo de un vigoroso empuje una de las tablas de la puerta; luego descolgó la lámpara, y una oscura y tortuosa escalera apareció en efecto á la vista de entrambos.

—¡Esta es la que dá al jardin! esclamó doña Juana: no me habia engañado!

Y dejando la lámpara en el primer peldaño, se apoyó en el brazo del conde, y lo arastró tras sí precipitadamente.

—¡Oh que noche! murmuró la reina.

—¡Noche de tormentos! añadió el anciano, que va á abrir á dos mártires las puertas del cielo,

VII.

La reina de Castilla, pudo vencer todas las di-

ficultades que los ballesteros del rey oponian para permitirle la entrada en la casa del conde. Sabian ellos bien que los caprichos de doña Juana eran acatados por su esposo mismo, el cual la profesaba un afecto tranquilo, pero tiernísimo.

Al fin penetraron en la cámara de la infanta: esta habia saltado del lecho al volver de su desmayo, y se habia puesto únicamente una túnica blanca: estaba sentada en un sitial, y sus pies desnudos se apoyaban en el helado mármol del pavimento.

Sus largos cabellos, cuyas gruesas trenzas estaban medio deshechas, caian en desórden sobre su frente cubierta de intensa palidez; todas sus facciones desencajadas hasta un estremo increible, habian perdido su espresion dulce y débil, y sus grandes ojos, casi siempre melancólicos é impregnados de ternura infinita, se veian brillantes de fiebre, y giraban á todos lados llenos de espanto.

Cuando vió aparecer á la reina al conde, y se levantó, y de un salto se puso cerca de ellos.

—¿Dónde está Florestan? preguntó con ánsia, devorando al anciano con su ardiente mirada.

—Florestan ha muerto para vos, dijo don Alvaro con voz hueca, y conduciéndola de nuevo á su asiento.

—¡Ha muerto! gritó la desdichada: ¿le has muerto tú ó tu hijo...? porque ese caballero que me guardaba me dijo que don Garcia era hijo tuyo... si... sí... ¡el fué! yo le ví sacar la espada... y luego... creo que me desmayé....

—¿Quereis venir conmigo, Berenguela? preguntó la reina acercándose á ella.

—¿Salir yo de este cuarto regado con su sangre? esclamó la infanta que acababa de arrodillarse en la sangre todavia caliente de don Sancho: ¿quién eres tú que me haces esta pregunta? prosiguió volviendo hácia la reina sus estraviados ojos y mirándola atentamente.

Mas reconociéndola al instante, y poniéndose en pié, la llevó cerca de la lámpara de plata que ardia en su dormitorio, abandonado ya por los ballesteros, desde el momento en que la reina se presentó,

—¡Ah! dijo Berenguela mirándola con fijeza: ¡es la jóven de los rizos rubios, que me dijeron era la esposa de Florestan..! ¿Y no llora...? ¿Es que tus ojos se han secado ya como los mios? ¿es que no tienen lágrimas que verter? ¿ó vienes acaso á morir conmigo, sobre esa sangre que derramó por mí?

—¡Oh Dios mio! ¡está loca! esclamó la reina cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Loca! repitió amargamente la infanta, cuyo desvario crecía por instantes. ¿Tambien dices tú como mi madre y como aquellos muchachos que me pegaban tanto?

Mira... yo huí del lado de mi madre porque me llamaban loca... ¿y sabes por qué...? porque llevaba siempre estas perlas que Florestan ciñó á mi cabeza, y porque todos los dias salía al campo á esperarle... luego vine á buscarle á Toledo, y las gentes me

maltrataban y me llamaban loca tambien...! despues encontré á Florestan á tu lado... y yo... no te aborrecí, ni dejé de amarte... y tú mandaste que me arrancáran de sus brazos... tú, que eres tan hermosa... y tienes el rostro tan dulce, como los ángeles de mis sueños... ¿por qué fuiste tan cruel conmigo...? por qué me separaste de él si yo no te habia hecho ningun daño...?

—¡Oh desgraciada niña!

—Luego, continuó Berenguela, tomando en sus manos abrasadas, las manos de la reina; luego ese hombre me trajo á esta casa... y me dió por carcelero á su hijo... que me había perseguido un año con su amor, cuando estaba en Búrgos... y cuando volvió Florestan á buscarme, padre... é hijo sacaron las espadas y le mataron... ahí... ahí... donde está ese charco de sangre...!

Y la infanta señalaba el sitio donde se habia arrodillado.

—¡Ah! gritó desesperadamente el conde: ¡mirad ya la luz del dia! Nos hemos equivocado en la hora!

En efecto: una blanca cinta empezaba á dibujarse en el horizonte, empujando rápidamente las tinieblas.

—Es menester concluir, dijo la reina con amargo desaliento. ¡Y esa guardia, que se ha doblado en las puertas...! ya es imposible salir... ¡imposible...! ¡yo estoy vendida tambien...!

Hubo un rato de solemne silencio: la reina, cubier-

to el rostro con las manos, sollozaba amargamente; el conde, apoyado en la pared, permanecia yerto é inmóvil. Berenguela en pié, les miraba alternativamente, sin comprender nada de aquella desesperacion.

—¡Ven! dijo despues de un largo rato, queriendo llevar á la reina al sitio donde se habia arrodillado; ¡ven...! ¡aquí debemos morir las dos... porque aquí ha muerto él...!

Un confuso sonido de atabales y de trompetas, que desembocaba en la Plaza Mayor, cubrió la debilitada voz de la jóven, y poco despues se oyó la de un pregonero.

—«¡Oid, oid, oid!» decia con fuerte acento: «esta »es la justicia que manda hacer nuestro buen rey »Enrique II, con el traidor y rebelde conde de Car»rion, que ha roto su honor, como el verdugo rom»pe ahora sus blasones, y como al mediarse el dia de »hoy, romperá el hilo de su vida.»

Un golpe fuerte y metálico resonó en todos los ángulos de la Plaza; era el hacha del verdugo que chocaba contra el blasonado escudo de los condes de Carrion, y contra sus armas siempre victoriosas y aun teñidas con su sangre.

El anciano se enderezó como un leon herido; hubiérase dicho que el hacha del verdugo habia partido su corazon: la reina olvidando su propia afliccion le tendió una mano que él no se cuidó de tomar.

—¡Salvémosla, por Dios, conde! esclamó doña Juana señalando á Berenguela, que permanecia inmóvil.

—Es inútil pensar en salir; la guardia se ha doblado y tenemos que atravesar la Plaza Mayor, donde están levantando mi cadalso, y la cual estará llena de soldados del rey... ¡Oh! gritó de repente el conde, acercándose á Berenguela que parecia una estátua de mármol, y desprendiéndola de la frente su díadema de perlas.

—¿Qué vais hacer? esclamó la reina.

—¡Salvarla! contestó el anciano con entereza.

La pobre loca no hizo movimiento alguno; ni siquiera advirtió que la quitaban aquella riquísima alhaja; arrodillada sobre la sangre de su hermano, que ya empapaba su blanca túníca, tenia la boca seca y entreabierta, y tiritaba de calentura.

La reina se acercó á ella, y tocó sus manos heladas.

—Vá á perder el sentido, conde, dijo volviéndose al anciano, que se habia quedado enfrente de la infanta, mirándola con desencajados ojos. ¡Una copa de agua... ¡pronto! ¡sino, esta pobre jóven se muere...! continuó la reina al ver que Berenguela desfallecia por momentos.

El anciano se acercó impávido á una mesa, tomó una copa de oro con agua que habia pedido aquella misma noche para recobrar á Berenguela de su desmayo al volver del alcázar, y se la presentó

despues de contemplarla cerca de la lámpara. La desdichada apuró ansiosa hasta la última gota el agua que contenia la copa, y luego por un movimiento natural en su carácter apasionado, besó dulcemente la mano que se la habia presentado.

—¡Oh...! ya se ha salvado...! esclamó don Alvaro respirando con fuerza, y clavando en el cielo una mirada de ardorosa gratitud.

—¿Qué decís...? preguntó la reina asombrada; pero el acento espiró en sus lábios, y sus ojos retrataron un profundo terror.

Un gran ruido de pasos y de armas se dejó oir en la antecámara: poco á poco fueron aproximándose, y breves instantes despues se oyó la voz de Enrique II que gritaba con imperio:

—¡Abrid al rey!

Don Alvaro sacó la llave del aposento, que pocos momentos antes se guardára, y abrió; entonces aparecieron en la puerta el rey y don Sancho, escoltados por una fuerte guardia; el primero estaba pálido y tembloroso: el segundo venia sostenido por dos soldados, envuelto en un ancho manto blanco, y parecia un cadáver escapado de la tumba.

VIII.

Algunos momentos despues de dejar la reina el

aposento del infante, entró el rey en él á tiempo que don Mendo registraba sus heridas. Don Enrique habia profesado siempre un entrañable afecto á don Sancho, por la hermosura de su índole, la ternura de su corazon, y su valor á toda prueba.

Al oir decir al conde que Berenguela era hermana suya, su funesto amor se reveló contra aquella terrible é insuperable barrera: al saber que el hombre á quien creía hijo de don Alvaro queria arrebatarle aquella jóven, tomando tambien el título de hermano suyo, su furor no conoció límites, y se arrojó á él con la espada desnuda; mas al ver que á pesar de su valentía permanecía inmóvil, al mirarle tendido á sus pies, exánime, y al parecer sin vida, un sentimiento desconocido se alzó en su corazon: su afeccion hácia aquel hermoso jóven renació mas fuerte que nunca, y ya se ha visto que le mandó conducir al alcázar, y que encargó que llamasen á un médico. Luego que salió de casa del conde, y se aseguró de que este quedaba en la prision, fué á informarse por sí mismo del estado del herido.

Don Mendo reconocia las heridas con sumo cuidado; al ver al rey quiso incorporarse el pobre jóven, mas aquel le hizo señas para que permaneciese quieto, y mandó á don Mendo que prosiguiese la operacion, tomando él mismo una luz para alumbrarle.

De repente el rey dió un grito: acababa de ver en el costado derecho del jóven, y junto á la herida que

don Mendo reconocia, una mancha rosada que él tenia tambien en el mismo sitio, y que distinguia á todos los bastardos de Alonso XI, que la habian heredado de su madre Leonor de Guzman: el mismo conde de Carrion ignoraba esta circunstancia, y ninguno de los infantes sabia que cada uno de sus hermanos estaba marcado así.

El corazon del rey se anegó en ternura: rodeó con sus brazos el cuerpo de don Sancho, y esclamó con voz vibrante de emocion.

—¡Hermano mio!

El infante le miró con asombrados ojos, y pasó la mano por su frente para convencerse de que no soñaba.

—¡Perdon, perdon, Sancho! ¡Oh, perdóname! continuó don Enrique apoyando en su pecho la cabeza de su hermano.

—¿Y Berenguela? preguntó tímidamente el infante.

—¡Ah! ¡no sé! yo la dejé desmayada y vine á verte á tí.

—¡Pobre hermana mia! murmuró don Sancho con temblorosa voz.

—¡Tu hermana, repitió don Enrique, cuyos ojos lanzaron relámpagos sombríos. ¡Pues entonces, tú no eres hermano mio...! entonces la señal que yo he visto, miente...! ¡Oh si, si... miente... miente...! porque si ella fuese mi hermana, no hubiera puesto

Dios en mi corazon el gérmen de este fatal amor....!

—¡Es vuestra hermana como yo!

—¡Ven pues! esclamó el rey: ¡ven Sancho, ó Fernando, ó como quiera que te nombres! Quiero que me acompañes á cerciorarme de esta horrible verdad...!

Don Enrique, con el semblante desencajado, llamó al escudero del infante, y le ordenó que le vistiese en cuanto don Mendo acabase de vendar sus heridas: dió órden de preparar una litera, y despues que don Sancho estuvo vestido le envolvió el mismo en sú ancho manto blanco, y mandó á dos soldados que lo condujesen á la litera, encaminánse todos á casa del conde.

Su aparicion produjo bien diferente sensacion en las tres personas que ocupaban la cámara de la infanta: la reina miró á don Enrique con terror, y á don Sancho con asombro. Don Alvaro permaneció sereno é inmóvil, y en cuanto á Berenguela se precipitó hácia su amante con indecible afan: mas, antes que pudiera salvar la distancia que les separaba, cayó exánime á los pies del infante.

—¡Que veo! esclamó el rey. ¡A qué han venido aquí la reina y ese traidor!

—He venido á salvar el honor de esa desdichada, contestó el anciano con firmeza.

En cuanto á la reina, se habia arrodillado junto á la infanta, y no se cuidó de contestar á su esposo.

—¡Berenguela! ¡Berenguela! gritó el rey acercán-

dose á la jóven que yacia inmóvil en el suelo, sin hacer caso de las palabras que pronunciara el conde.

—No turbeis los últimos momentos que restan de vida á esa desgraciada, dijo el conde con acento severo.

—Qué... ¡Oh...! ¿qué has pronunciado? ¿acaso.... habrás sido tú su verdugo?...

—No he sido mas que el salvador de su honra.

—T ú!mientes... miserable! gritó el rey con ronca voz, y cogiendo por un brazo al conde; y luego continuó con acento lastimero y suplicante:

—Pero ¡oh no... no! ¡eso no puede ser...! ¡Alvaro... dime que me engañas...!

—Un veneno activo que yo vertí en esa copa, cuyo contenido acaba de beber, circula ahora por sus venas.

—¡Ah..! ¡que horror...! esclamaron la reina y don Sancho, que cayó tambien de rodillas junto á la pobre niña.

El rey lanzó un sordo gemido: levantó á Berenguela entre sus brazos, y fué á sentarse con ella en el sitial en que estaba apoyado don Alvaro.

—¡Llevad á este hombre al cadalso, y que caiga su cabeza inmediatameute! dijo con lenta y oprimida voz.

La escolta que habia acompañado á los régios hermanos, rodeó al anciano conde, que fué á situarse enfrente del rey.

—Oyeme, Enrique, dijo con su grave y reposada voz: yo amé á tu madre, como solo se ama una vez en la vida, y sin embargo, fuí el mejor amigo de tu padre, torturando sin piedad mi corazon; á ti y á todos tus hermanos, os recibi en mis brazos y oculté el nacimiento de los dos últimos, porque el rey tu padre me lo mandó así: he sido el génio bienhechor de tu familia, y un segundo padre para vosotros... y no obstante, he tenido valor suficiente para matar á esa pobre niña, sin sentir el mas leve remordimiento.

Pero lo que mas debe asombrarte, rey de Castilla, continuó el anciano, es el saber, que tú mismo has puesto en mis manos, el medio de darla la muerte. ¡Si! el joyel que cerraba las sartas de perlas de esa diadema, que tú la diste, contenia el veneno que la quita la vida.

El rey apoyó su frente, en la frente helada de la infanta, ceñida aun con la fatal diadema, y dejó escapar un sollozo desgarrador; mas don Alvaro continuó tranquilamente.

—Nadie mas que yo, sabia en el mundo este terrible secreto, porque solo yo estaba presente, cuando Alonso XI la dió á tu madre.—«Si alguna vez (la dijo) te ves próxima á perecer bajo el puñal de un asesino, bebe el veneno que contiene esta joya: tu muerte así será mas dulce é instantánea.»—¡Oh! al dar esa diadema á tu hermana, debiste saber que ponías en mis manos la defensa de su honor...!

El anciano se acercó al infante que le abrió los brazos sollozando: luego se inclinó sobre Berenguela, y besó sus manos heladas.

—¡Duerme en paz, ángel de Dios! murmuró.

—¡Perdon para él, señor! esclamó el infante, volviéndose hácia el rey.

—¡No le quiero! dijo el anciano, pasando el umbral rodeado de soldados. ¡Dios nos juzgará á los dos! Y salió de la estancia con paso firme.

El rey se quedó como petrificado con la infanta entre los brazos, y devorándola con los ojos, en tanto que ella le contemplaba tambien, sumida en un éxtasis delicioso: la animacion de la fiebre habia desaparecido de su fisonomía, y sus ojos dulces como en los tiempos en que conoció á Florestan, se fijaban en los del rey con entrañable amor; empero su palidez se hacia por instantes mayor, y un círculo azulado rodeaba ya sus grandes ojos.

—¡Cuán bien... estoy así... Florestan...! murmuró con voz dulcísima, pero tan débil ya que apenas podia percibirse: ¡Qué dichosa soy... mirando ese hermoso sol...! ¡así lucia... el dia primero que... te... vi...!

El rey ahogó un sollozo; en cuanto á la reina, se ocupaba en sostener la cabeza del infante, que habia caido desfallecido en un sitial situado en frente del que ocupaba el rey con Berenguela.

De repente, la mirada de la jóven se apagó como la luz próxima á estinguirse.

—¡Tengo... sueño...! murmuró reclinando su cabeza en el hombro del rey. ¡Déjame... dormir... aquí, Florestan...!

Cerráronse sus ojos: apareció en su boca una sonrisa inocente y su pecho despidió el postrer suspiro.

El rey no lanzó un solo gemido; breves instante permaneció contemplando con sombría mirada el cadaver de Berenguela, y de repente esclamó:

—¡Oh! quiero desgarrar yo mismo mi propio corazon! quiero apurar hasta las heces el amargo cáliz de mi dolor...!

Al pronunciar estas palabras, depositó el cadáver en el lecho y rasgó con su daga la túnica de la infanta, apareciendo bien pronto la señal del costado.

—¡Hermana mia! gritó besando en la frente á Berenguela; despues levantándose con los ojos llenos de lágrimas prosiguió:

—¡Ruega al señor que me perdone el no haberte arrancado tu postrera ilusion de amor!

La reina cerró piadosamente los ojos de la jóven, y besó sus mejillas frias ya, en tanto que don Sancho ocultaba su frente sollozando entre las ropas del lecho.

—¡Valor, hermano mio! dijo el rey levantándole en sus brazos. Yo la amé mas que á mi propia vida, y me consuelo al pensar que está á los pies de Dios.

—¡Valor, hermano! repitió la reina, cubriendo el cadáver con su manto real: yo la amaba tambien, y sabré consolar tu dolor!

—¡Oh Dios mio! murmuró aquel mártir del corazon, alzando al cielo sus abatidos ojos; ¡no les hagais saber nunca hasta qué estremo la amaba yo!

IX.

Algunos meses despues, presentó Enrique II una batalla á los ingleses en la cual quedó prisionero el infante don Sancho, que mandaba uno de los cuerpos del ejército de su hermano.

El rey de Castilla pagó por el infante un fuerte rescate, y envió á buscarle al primer puerto, á una brillante comitiva de los mas jóvenes y espuestos señores de sus reinos.

A pocos dias, llegaron seis heraldos á las puertas del alcázar, solicitando una audiencia del rey para decirle que habian adelantado á la comitiva con el objeto de prevenirle que su señoría el infante don Sancho venia muy enfermo.

—¡Oh Dios mio! esclamó el rey, al saber esta triste nueva revelándose en su semblante un agudo dolor; ¿y debe llegar pronto?

—Solo le precedemos algunos instantes contestaron aquellos.

Dieronse inmediatamente órdenes para que se preparasen las habitaciones de don Sancho, y no bien se dejaron oir las trompetas y atabales de la guardia del rey, anunciando que ya se divisaba la comitiva del infante, bajó don Enrique la escalera para abrazar á aquel hermano, con tanto estremo querido.

El infante no pudo doblar ya la rodilla para saludar al rey, que le estrechó apasionadamente contra su pecho: dos escuderos le subieron en sus brazos y le depositaron en un magnífico lecho.

Estaba don Sancho pálido y demacrado: la terrible enfermedad de languidez que hacia tres meses le consumia, habia llegado á minar todos los órganos de su vida.

El rey y la reina, se retiraron muy tarde á sus habitaciones, y poco despues, los ballesteros que dormitaban en las galerías, vieron deslizarse á un fantasma, envuelto en un largo manto azul. Santiguaronse todos devotamente, porque á su modo de ver era el alma en pena de una mujer, que segun se aseguraba con sumo misterio, salia cada noche de uno los sepulcros del panteon, coronada de perlas, y abrigada con un manto azúl: decíase tambien, que era una jóven muy amada del rey, á la cual habian enterrado con aquella alhaja, presente sin duda de Satanás, segun afirmaban las reverendas dueñas, y que no podia morar en el panteon de los reyes, por ser solo una villana, que habia venido de la muy noble ciudad de Burgos.

Al rayar el dia, las personas encargadas de velar al infante, vieron con sumo terror que durante su sueño, habia aquel desaparecido: en vano registraron todo el alcázar, antes de avisar al rey, al cual tuvieron por fin que dar parte de tan estraño acontecimiento.

Al dia siguiente, murió uno de los infantes, de muy corta edad, que estaba enfermo hacia algun tiempo. El rey, dominado por el profundo dolor que le causara la muerte de su hijo y atraido por un inesplicable presentimiento, quiso acompañarle hasta el sepulcro. Envolviose en un manto negro, se dirigió al panteon, y se ocultó tras una columna; mas de repente lanzó un grito de angustia, y los cortesanos atónitos reconocieron á don Enrique, que se precipitaba sobre una figura humana, que yacia tendida cabe una tumba recien cerrada y que sola tenia encima el sencillo nombre de *Berenguela.*

—¡Ah...! gritó el rey, reconociendo un magnífico manto de seda de Persia azul, bordado de oro: era el de la reina, y bajo él descansaba don Sancho dormido con el sueño eterno.

El martir del corazon quiso que le sirviese de sudario el manto real que cubrió el cadáver de Berenguela.

Un rayo de luz surgió en la mente de don Enrique *El de las mercedes*, que dobló la frente, y oró con fervor. . . . .

. . . .

La reina doña Juana empezó á padecer desde aquel dia la misma enfermedad de languidez que mató al infante. ¿Qué pasaba en el corazon de la reina del Castilla? ¡Solo Dios puede penetrar con su mirada en el corazon de la mujer!

El dia mismo en que se cumplian seis meses desde la muerte del infante, cuatro condes de Castilla velaban el cadáver de su soberana, espada en mano, y colocados en los cuatro ángulos de su suntuoso lecho mortuorio.

El cadáver de la reina fué depositado por órden del rey en la tumba inmediata á la que ocupaba el de don Sancho.

Dícese que Enrique II no volvió á sonreir desde aquella época fatal; que desterró al ambicioso don Nuño de Sandovál; y que ni aun el amor de sus hijos pudo consolar el hondo y devorador pesar que le consumia el corazon.

¿Habia adivinado el monarca cuál era el mal que cortó los dias de la bella y adorable criatura á quien llamó su esposa?

¡Tal vez Dios le advirtió en sueños, que las purísimas almas de la reina y del infante, moraban juntas en el cielo!

FIN.

Esta obra se vende en Madrid á 4 reales en casa de su autora, calle de Panaderos, núm. 13, cuarto principal, y en casi todas las librerías.

En provincias cuesta 5 reales, y los pedidos se harán por medio de los libreros y corresponsales de Las Cortes, La Peninsula y El Orbe, ó bien directamente á la autora, remitiéndola su importe en sellos del franqueo ó libranza de fácil cobro.

En Ultramar y el Estrangero, fijarán los precios los encargados de su venta.

MARGARITA.

SEGUNDA EDICION.

Los pocos ejemplares que quedan de esta interesante novela de la misma autora, se venden en los puntos antes mencionados, á 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

Están en prensa las siguientes

obras de la Señora Sinues de Marco.

PREMIO Y CASTIGO (novela de costumbres.)

AMOR Y LLANTO (coleccion de leyendas históricas.)

